650

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EL ANGEL GUARDIÁN

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

LETRA DE

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

MÚSICA DE LOS MAESTROS

NIETO Y BRULL

1849

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1894

2

EL ANGEL GUARDIAN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ANGEL GUARDIÁN

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

LETRA DE

MARIANO PINA DOMINGUEZ

MÚSICA DE LOS MAESTROS

NIETO Y BRULL

Estrenada con extraordinario éxito, en el TEATRO DE LA ZARZUELA, la noche del 30 de Diciembre de 1893.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES		ACTORES
ROSA	Sra.	Naya.
AURORA	Srta.	Ortiz.
ENRIQUE	»	Soler Di-Franco.
EL CONDE	Sr.	Soler.
DIEGO	»	Bueso.
LUCAS	»	Guerra.
MATEO	»	Suárez.
JERONIMO	»	Navarro.
SOLDADO 1.º	»	Sola.
NOTARIO	»	Valls.
PERICO	»	Pastor.

Coro general.

Año de 1669.—Cercanías de Madrid.—Regencia de Carlos II.

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena, por D. Miguel Soler.

La señora Fabra representó también varias noches el papel de *Enrique*, substituyendo á la señorita Soler Di-Franco.

Nota. *El derecho de reproducir los* **Materiales de Orquesta**, *pertenece á D. Florencio Fiscowich, á quien dirigirán sus pedidos las Empresas teatrales.*

ACTO PRIMERO

Plaza de una aldea, cerca de Madrid. Taberna, á la izquierda del actor. A la derecha, una verja, que se supone da entrada á una alquería.

ESCENA PRIMERA

MATEO y HOMBRES DEL PUEBLO, bebiendo á la puerta de la taberna.

MÚSICA

CORO. Seca la garganta—de tanto calor,
un vaso de vino—la sienta muy bien;
la sangre refresca—é infunde valor.
¡Bebamos ahora—marchemos después!

MATEO. ¡Eso es!
¡Bebed, compañeros—sin tregua bebed!

CORO. El vaso en la mano—brindemos aquí
por nuestro caudillo—el bravo don Juan,
y pleito homenaje—prestemos así,
al bravo patricio—y al buen capitán.

MATEO. No es hora todavía—prudencia y decisión,
que el Conde de Castrillo
ignora nuestra unión.

673574

¡Marchemos, compañeros;
mas, antes, aguardad!
¡Alto! que ya olvidaba
mi objeto principal.
La verja de la quinta,
que allí clavada está,
es fuerza nos dé paso;
y, así, voy á llamar.

(Tira de un cordón, y se oye dentro una campana.)

Sonando la campana
avisa sin parar.

CORO. Repica, que al repique,
alguno acudirá.
¡Tan, tan, tan, tan!
¡Abrid, abrid sin vacilar!
¡Tan, tan, tan, tan!
¡Abrid la verja sin tardar!

ESCENA II

DICHOS; LUCAS, saliendo de la alquería.

LUCAS. ¿Quién llama con tal prisa?
Mas, ¡calle! ¡Ah, qué placer!
¿Sois vos, mi buen Mateo?

MATEO. El mismo, ¡voto á cien!

LUCAS. Los bravos veteranos
que adoro siempre fiel.
Decidme: ¿por qué causa
mis ojos aqui os ven?

MATEO. En busca de mi ahijada,
de prisa vine yo;
la traigo una noticia,
que tiene gran valor.

LUCAS. Há rato, vuestra ahijada,
corriendo se marchó,
y va por esos campos

cantando sin temor.
Tenemos una vaca,
tan gorda como vos;
y Rosa coge yerba,
que luégo la doy yo.
Por eso se ha marchado,
mas pronto volverá;
si ver queréis la vaca,
podéis todos entrar.

CORO. La oferta agradecemos
con firme voluntad.

(Se oye cantar dentro.)

LUCAS. ¡Silencio! ¡Sí! ¡No hay duda!
¡Su voz! ¡Vedla llegar!

ESCENA III

DICHOS; ROSA, que trae sobre la cabeza un paquete de yerbas, que arroja al suelo.

ROSA. ¡Tralalá, tralalá!
MATEO. ¡Ahijada!
ROSA. ¡Padrino!
CORO. ¡La niña es gentil!
LUCAS. (¡Siempre que la veo,
siento un tipití!...)
MATEO. ¿Solita por el campo
te marchas sin temor?
ROSA. Ninguno me acobarda,
que sola voy mejor.

I

Cuando despunta la mañana,
salgo mis flores á coger,
y nunca falta un atrevido
que me corteje por doquier.
Pero suspiros y miradas

no dejan nunca huella en mí,
que á las miradas y suspiros
yo les respondo siempre así
din, don,
guilindón;
Rosa, Rosita la bonita,
din, don,
guilindón,
para otro guarda su corazón.

II

Más de un osado caballero
me ofrece trajes y caudal;
pone á mis pies ricos tesoros,
y amarme jura con afán.
Pero á sus frases me sonrío,
y su intención comprendo al fin;
por eso, á todo cuanto jura,
yo le respondo siempre así:
din, don,
guilindón:
Rosa, Rosita la bonita,
din, don,
guilindón,
para otro guarda su corazón.

HABLADO

MATEO. ¡Bravo, muchacha! Eso se llama contestar en regla.

LUCAS. (¡Por eso estoy siempre tranquilo!)

ROSA. Pero, ¿queréis decirme, padrino, qué novedad os trae?

MATEO. Una, importantísima para tí. Vengo de la Corte.

ROSA. ¡Ah!

MATEO. Y he visto al Notario, que debe cumplir la voluntad de tu difunta tía.

LUCAS. ¿La que murió hace tres años, dejando una gran fortuna?

MATEO. ¡Eso es!

ROSA. ¡Adelante!

MATEO. Y tu tía te deja seis mil ducados.

ROSA. Ya lo sabíamos.

MATEO. Pero lo que no sabes, es que los recibirás hoy mismo.

ROSA. ¿De veras?

MATEO. El Notario me lo aseguró hace dos horas.

LUCAS. Pues entonces, no hay duda. Los Notarios nunca mienten.

ROSA. ¿Será posible?

MATEO. ¿De modo, que ya eres rica?

LUCAS. ¡No es nada lo del ojo! ¡Seis mil ducados!

ROSA. ¡Bah! ¡La riqueza no me seduce! Mejor que ese dinero, ambicionaría yo... (Bajando la voz y acercándoles á todos con un ademán.) lo que ambicionamos todos. El triunfo de nuestra causa.

MATEO. ¡Chist!

LUCAS. ¡Cuidado con gritar!

ROSA. ¿Qué hay de nuevo?

MATEO. ¡La cosa hierve!

LUCAS. ¡Pues no puede estar más caliente!

MATEO. Todos nuestros compañeros se hallan decididos á dar el golpe. Ese imbécil de jesuíta será expulsado de palacio, y don Juan de Austria ocupará victorioso su antigua privanza.

LUCAS. ¡Cómo me gustan estos arreglos de familia!

MATEO. Desde que nuestro bravo Capitán Juan de Pacheco, murió á manos de los sicarios de ese infame Nithard, juramos vengarle. ¡Tres años hace que conspiramos!

LUCAS. ¡Si tendremos bien afilados los dientes!

ROSA. ¡Es verdad! Tres años hace que el hermano menor de Juan, el último de la raza, abandonó esta alquería, marchándose á León no sé con qué pariente.

LUCAS. Desde entonces, nosotros solos habitamos la casa.

ROSA. ¡Y cuán dulces recuerdos encierra para mí!

LUCAS. ¡Ya lo creo! Como que fué recogida desde chiquita, chiquirritita, por aquellos señores. ¡Es claro! Era

huérfana, y la querían como si fuera una hija. Ambos nos hemos criado en la finca, y ya veis, somos los únicos servidores consecuentes. Los demás... ¡ris! se disiparon como el humo.

MATEO. ¡Oh! Si Enrique Pacheco habitase aún esa alquería, yo os juro que se pondría á la cabeza de nosotros, y que don Juan no sufriría á estas horas en el destierro.

ROSA. ¿Recordáis cuán bravo y valiente era?

MATEO. Bien denotaba ya á los quince años su carácter atrevido y emprendedor.

ROSA. Pero decid, ¿con qué medios contáis para triunfar?

MATEO. Tenemos amigos numerosos, y además, sobra el dinero.

LUCAS. Entonces, triunfamos.

MATEO. El Conde de Cifuentes nos protege.

LUCAS. ¡Calle! ¿Ese señorón que suele venir por aquí de vez en cuando?

MATEO. El mismo. Ya recordaréis que hace tiempo ayudaba á Pacheco contra el que hoy es favorito de nuestra Reina.

LUCAS. ¿Estáis seguro?

MATEO. ¡Bah! Tengo la prueba en el bolsillo.

ROSA. ¿La prueba?

MATEO. Escrita de su puño. Una carta dirigida á Juan, que tuve la dicha de hallar sobre su cadáver y que siempre me acompaña. Si esa carta cayese en poder del Presidente de la regencia, Castrillo, el Conde estaba perdido. Con que mucha esperanza, hijos míos.

LUCAS. Cuando llegue la hora de los linternazos, avisadme.

MATEO. ¡Adiós, muchachos! ¡En marcha, compañeros!

ROSA. ¡Adiós, padrino!

LUCAS. Que no dejéis de venir de vez en cuando. (Vase Mateo y el Coro.)

ESCENA IV

ROSA y LUCAS

ROSA. ¡Oh, si eso fuese posible!... Si Enrique volviera á la alquería, ¡qué felicidad!

LUCAS. Nuestra existencia cambiaría por completo. Porque, en fin, no es muy agradable, para vos sobre todo, el vejetar dentro de ese caserón desierto y triste. A mí no me importa: estando vos en él, no lo cambio por el paraíso.

ROSA. ¡Bueno, bueno; déjate de indirectas!

LUCAS. ¡No, no son indirectas! Mi corazón, en cuanto os veo, se ensancha como si fuera de goma elástica. ¡Ay, si oyérais sus suspiros y sus...!

ROSA. ¡Basta! ¡Ya sabes que me disgusta mucho oirte hablar así!

LUCAS. Pero vamos á ver, tarde ó temprano tendréis que casaros, y yo también. ¿Qué hago yo soltero? ¡Nada! ¿Y vos, qué hacéis soltera? ¡Menos! ¡Luego el pensar en casarnos, no es ningún atropello!

ROSA. ¡Dejemos esto, ó me incomodo!

LUCAS. Corriente: ya está dejado. Sufriré en silencio hasta que os dé la gana. Pero conste, que solteros no hacemos nada, y que siguiendo así, nos vamos á secar como una caña.

ROSA. ¡Eh! ¿Qué ruído es ese?

LUCAS. Voy á ver. (Se acerca al fondo.) ¡Una litera se para! ¡Un viejo que desciende en compañía de una señorita! ¡El viejo riñe con los criados! ¡Aguardad, sí: no me engaño! ¡Es el Conde de Cifuentes y su hija Aurora!

ROSA. ¡Calla! ¡Pues es verdad!

ESCENA V

DICHOS; EL CONDE y AURORA

CONDE. ¡Sois unos imbéciles! ¡Ven, hija mía! (Volviéndose otra vez al foro.) ¡Unos cernícalos! ¡Unos camuesos!... ¡Ven, hija mía!... ¡Un par de bárbaros!

AURORA. ¡Cálmate, papá!

CONDE. ¡Y si me dejase llevar de mi furor...!

AURORA. ¡Papá!...

CONDE. Aguarda. Voy á dominarme. (Hace un gesto.) Ya sabes que mando en mis nervios. (Lo repite.) Ya estoy dominado.

ROSA. ¡Buenos días, señor Conde! ¡Felices, señorita!

CONDE. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Y Lucas también?

ROSA. ¿Parece que estabáis algo enfadado?

CONDE. Sí; con esos ganapanes, que por poco nos hacen volcar. ¡Bárbaro! ¡Estúpido!

AURORA. Pero, ¡papá!...

CONDE. Ya estoy dominado. (Haciendo el gesto.)

ROSA. Y á qué debemos el gran honor de tan agradable visita?

LUCAS. ¡Justo! ¿Á qué debemos...? En fin, digo lo mismo, y me quedo corto.

CONDE. ¡Cómo! ¿No sabéis la noticia?

ROSA. ¿Qué noticia?

CONDE. ¿Conque no sabéis que Enrique, vuestro joven señor, debe llegar aquí de un momento á otro?

ROSA. ¡Cielos! ¿Qué decís?

LUCAS. ¡Cielos! ¿Qué decís?

CONDE. Precisamente, venimos á recibirle.

ROSA. ¡Dios mío! ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad!

LUCAS. ¡Dios mío! ¡Qué dicha! ¡Qué...! (¡Ya lo ha dicho ella!)

ROSA. Pero, ¿qué significa esto? ¿Cómo así tan de repente?...

LUCAS. ¡Caba!! ¿Cómo así tan...?

CONDE. La cosa es sencillísima. Enrique viene aquí, ni más ni menos, que para casarse con mi hija.

ROSA. ¿Eh?

LUCAS. ¿Lo veis? (A Rosa.) ¿Veis cómo se casa todo el mundo?

ROSA. Para casarse con...

AURORA. El asunto no está decidido.

CONDE. ¡Completamente decidido!

AURORA. Yo no conozco á ese joven, ni le amo.

ROSA. ¡Ah!

CONDE. No importa; te casarás.

AURORA. Ó no me casaré.

CONDE. ¿Cómo se entiende? ¿Te rebelas? ¿Te insurreccionas? ¡Desgraciada!

ROSA. ¡Señor!...

LUCAS. ¡Señor!...

CONDE. ¡Ya estoy dominado! (Haciendo el gesto.)

AURORA. Pero, ¿por qué razón os empeñáis en que debo casarme con ese Enrique?...

CONDE. ¡Te lo he dicho cien veces! ¿Pero vosotros no lo sabéis? Prestad atención: estoy seguro que aprobaréis mi conducta.

MÚSICA

El privado de la Reina
mis servicios despreció,
cuando no hay en toda España
un sujeto como yo.
Mi talento es conocido,
mi riqueza proverbial;
¡y el infame, me desprecia!
¿Quién ha visto cosa igual?

ROSA. ¡Que falta de tacto!

LUCAS. ¡Qué olvido, gran Dios!

LOS DOS. ¡Cuando no hay en toda España
un sujeto como vos!

CONDE. Como Enrique es su enemigo,
á su bando me alisté,
y le he escrito mis proyectos,
que hoy aquí le explanaré.
Contra el Conde me declaro,
pues ministro nunca fuí,
cuando no hay en toda España
quien más genio tenga aquí.

ROSA. ¡Qué falta de tacto!

LUCAS. ¡Qué olvido, gran Dios!

LOS DOS. ¡Cuando no hay en toda España
un sujeto como vos!

AURORA. Con vuestras ambiciones,
no tengo yo que ver.

Si vos no sois ministro,
yo, en cambio, soy mujer;
y no he de dar mi mano
sin dar mi corazón;
pues es un sacrificio
que hacer no quiero yo.

CONDE. ¡Tú harás lo que te mande!

AURORA. No he visto á ese doncel.
Será, de fijo, un necio,
según imaginé.

ROSA. ¿Un necio? ¡Poco á poco!

LUCAS. ¡Mirad lo que decís!

ROSA. ¡Tan listo, no hay ninguno!

LUCAS. ¡Tan bravo, no lo ví!

ROSA. Contaba quince años
cuando de aquí salió.

LUCAS. Y hoy cuenta dieciocho:
ya es todo un mocetón.

ROSA. Sin verle, le adivino.

CONDE. Decidla cómo es.

ROSA. Así me lo figuro,
pensando lo que fué.
—Moreno de rostro,
ardiente mirada,
valiente apostura,
bizarra expresión,
audaz y atrevido,
finura extremada,
constante bravura
y un gran corazón.

LUCAS. El pelo rizado,
la frente espaciosa
y un par de bigotes
tan largos, así.
Nariz aguileña,
sonrisa graciosa,
bebiendo y matando

más hombres que el Cid.

ROSA. Así debe ser.

LUCAS. De fijo será.

CONDE. ¿Te gusta el retrato?

AURORA. Me carga, papá.

ROSA. (¡Qué presumida!

LUCAS. ¡Vaya una necia,
cuando á tal mozo
loca desprecia!
¡Qué más quisiera,
que emparentar,
con un mancebo ilustre,
tan guapo y tan galán!)

AURORA. ¡Vaya un retrato!
No soy tan necia.
¿Quién ese tipo,
quién no desprecia?
¡Un presumido,
tonto será!
Mi novio, estoy segura,
de fijo, vale más.

CONDE. (¡Bello retrato!
¡Vaya una necia!
¿Quién tal futuro,
quién lo desprecia?
Como se case,
ya se verá,
si todos en la Corte
mi afrenta sentirán!)

HABLADO

AURORA. ¿De modo, que me sacrificáis á vuestra ambición?

CONDE. Pero señor, ¿qué te importa? ¿Amas acaso á otro?

AURORA. Puesto que es preciso confesároslo...

CONDE. ¡Cáspita!

AURORA. ¡Amo á otro, sí señor!

CONDE. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

AURORA. Diego de Robles. ¡Clarito!

CONDE. ¿Diego? ¿Has dicho Diego?

ROSA. (¡Huy, qué ojos pone!)

LUCAS. (¡Le volvió el vértigo!)

CONDE. ¡El sobrino del Conde de Castrillo! ¡Un nithardista!

AURORA. ¡Papá!...

CONDE. ¡De ese tirano que ningún caso hace de mí!... ¡Vive Cristo!..

AURORA. ¡Calmáos, padre mío, calmáos, por piedad!

CONDE. ¡Ya estoy tranquilo! (Haciendo el gesto.)

LUCAS. (¡Pues vaya una mecánica que usa este hombre!)

CONDE. ¡No se hable más de ello! Entra con Rosa en la alquería. Lucas y yo, vamos á salir al camino para recibir á Enrique.

AURORA. Como gustéis.

CONDE. ¡Andando! (A Lucas.) ¡Enlazarse con el sobrino de un inquisidor! ¡Si no me contuviese!...

LUCAS. ¡Contenéos, señor, contenéos!

CONDE. Es verdad. Mira cómo sonrío.

LUCAS. ¡Eso! ¡Ajajá! (¡Pero qué feo es de todas maneras!) (Vanse.)

ESCENA VI

ROSA y AURORA; luégo DIEGO

ROSA. ¿Conque amáis á otro? ¿Es cierto lo que habéis dicho á vuestro padre?

AURORA. ¡Amo á Diego, y sólo seré suya!

ROSA. ¡Magnífico!

AURORA. ¿Apruebas mi resolución?

ROSA. ¿Que si la apruebo? ¡Pues ya lo creo!

AURORA. ¡Chist!

ROSA. ¿Qué pasa?

AURORA. Diego nos ha seguido.

ROSA. ¡Hola!

AURORA. Y está oculto entre aquellos árboles.

ROSA. ¡Pues que venga! ¿Queréis que le llame?

AURORA. Aguarda: no es necesario. Mírale.

ROSA. ¡Bravo! (¡Esto se complica!)

DIEGO. ¡Aurora! ¡Bellísima Aurora! ¡Ah!... (Viendo á Rosa.)

ROSA. No hagáis caso: estoy en el secreto. Continuad, continuad.

AURORA. ¡Los momentos son preciosos! ¡Enrique debe llegar aquí cuanto antes, y...!

DIEGO. ¡Y tu padre se empeña en que ha de ser tu esposo!

ROSA. ¡Sí, señor! Por consiguiente, es necesario mostrar energía. Yo no debía meterme en esto; pero, en fin, continuad, continuad.

AURORA. Acabo de confesarle que te amo.

DIEGO. ¿Y qué dijo al saberlo?

ROSA. ¡Se puso encendido, colérico! «¡Ese tunante del tío!—exclamó.» Vos tenéis un tío, ¿verdad?

DIEGO. ¡Sí, sí!

ROSA. «¡Entregarla al sobrino de ese tunante! ¡Nunca! ¡Imposible!» Y todo porque vuestro tío no le ha conferido un cargo en palacio. Yo creo que si lográrais emplearle, se arreglaba todo. Pero, en fin, á mí nada me importa. Continuad, continuad.

DIEGO. ¿Y qué crees que debo hacer ahora?

ROSA. Veamos, si sois de mi opinión.

AURORA. Yo creo, que...

ROSA. ¡Justo! Opinamos lo mismo. Debéis pedir su mano en seguidita. ¿No es eso?

AURORA. ¡Eso, eso!

DIEGO. ¿Pedir su mano? ¡Ni aun querrá escucharme!

ROSA. Sí, tal; porque le prometeréis que vuestro tío va á conferirle en la Corte un cargo importante.

AURORA. ¡Oh! Si pudieses alcanzarle, estoy segura que mi padre te aceptaba por yerno.

DIEGO. ¿Sí? Pues nada más fácil. Precisamente hay una plaza de Consejero íntimo vacante, de la cual puedo disponer. Es un regalo que me hizo la otra mañana la favorita de mi tío.

AURORA. ¿Eh? ¿La favorita de tu tío te regala vacantes íntimas?

DIEGO. (¡Ah, torpe!) (Turbado.) No; quiero decir, que mi tío le dió el nombramiento en blanco, y ella, como no tenía á quien conferirlo... ¿comprendes?

ROSA. (¡Uf! ¡Malo! ¡Malo!)

DIEGO. Esto se hace con gran frecuencia en la Corte.

AURORA. ¡Ah!

DIEGO. De modo, que puedo llenarlo á mi antojo.

AURORA. Sólo así abrigo la esperanza de vencer.

DIEGO. Entonces, me decido. ¡Voy en busca de tu padre, antes que llegue ese maldito Enrique!

ROSA. No tenéis necesidad. Él viene hacia aquí.

AURORA. ¿Mi padre? Entonces, adiós. Vamos adentro, Rosa.

ROSA. ¡Sí, sí!

AURORA. ¡Adiós, y entereza!

ROSA. A mí, malhaya lo que nada de esto me importa. Pero continuad, continuad. (Vanse.)

ESCENA VII

DIEGO; luégo EL CONDE

DIEGO. ¡Mi lengua habladora, ha cometido una indigna torpeza!... ¿Qué necesidad tenía yo de decir que la favorita de mi tío, me hacía dádivas ni mercedes?

CONDE. ¡Avísame en cuanto llegue. (Dentro.) Yo voy á inspeccionar las habitaciones que mi futuro yerno ha de ocupar. (Saliendo.)

DIEGO. (¡Aquí le tenemos!)

CONDE. ¡Más vale no fiarse de nadie para...!

DIEGO. Servidor vuestro, caballero.

CONDE. ¿Eh? ¿Qué miro? ¡Diego! ¡El sobrino de su tío!

DIEGO. El mismo, señor Conde.

CONDE. ¡Buenas tardes! ¡Estoy muy de prisa!

DIEGO. ¡Un momento!

CONDE. (¡El tunante, nos siguió sin duda!) ¿Qué tenéis que decirme?

DIEGO. Pocas palabras. Mi tío, el señor Conde de Castrillo...

CONDE. ¡Basta! ¡No hablemos de quien me trata como al último de los súbditos!

DIEGO. Precisamente voy á deciros...

CONDE. ¡Vuestro tío! ¿Se acuerda de mí, acaso? ¿A que no piensa nombrarme Consejero? Y ya sabéis que hay vacante una plaza. Pero la obtendrá el primer zascandil que se presente.

DIEGO. Sin embargo, debo advertiros...

CONDE. Por supuesto, que la Reina no sabe de lo que soy capaz. ¡Ya me las pagarán todas juntas!... Sabed que tengo una hija, caballero.

DIEGO. Precisamente iba á tener ahora el honor de pediros su mano...

CONDE. ¿Su mano? Sí; ya me ha dicho que os amáis. Pero es inútil: mi hija se casará con otro, mañana mismo.

DIEGO. Con Enrique Pacheco, ¿no es cierto?

CONDE. ¡Cabal! ¡Un joven de estirpe noble, valiente, atrevido, y con unos bigotazos enormes!

DIEGO. ¡El enemigo de mi familia!

CONDE. Pero, ¿qué me importa á mí vuestra familia?...

DIEGO. Permitid, sin embargo, que os advierta... (Ruido fuera.)

CONDE. ¡Callad!

ESCENA VIII

DICHOS y LUCAS

LUCAS. ¡Señor! ¡Señor! ¡Ya está ahí! ¡Acaba de llegar!

CONDE. ¿Mi yerno? ¿Ya lo veis! ¡Hemos terminado!

LUCAS. ¡El mismo! Todos los Aldeanos le han salido al encuentro... ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Aquí le tenemos! (Llamando.)

ESCENA IX

DICHOS y ROSA

ROSA. ¿Dónde está? ¿Dónde?

LUCAS. ¡Por ahí abajo viene!

ROSA. ¿Lo has visto?

LUCAS. No; pero lo he olfateado.

CONDE. ¿Y mi hija? ¡Llamad á Aurora!

ROSA. Se está arreglando un poco. Dice que saldrá luégo. (No quiere verle.) (A Diego.)

DIEGO. (¡Pues yo sí! Tengo interés en conocer á mi rival! (A Rosa.)

ESCENA X

DICHOS; ENRIQUE y CORO GENERAL. El Coro sale primero.

MUSICA

CORO. ¡Corred, corred, muchachos!
Venid, venid acá,
y á nuestro joven amo
ansiosos saludar.

ROSA. (¡Mi pecho se estremece:
palpita el corazón!)

LUCAS. ¡Que viva nuestro amo!

CORO. ¡Viva nuestro señor!

(Enrique, que aparece vestido de abate, con aire tímido, y los ojos bajos.)

ENR. *Dominus tecum,*
ora pronobis.
¡Muy buenos días
tengan, señores!

CORO. Es un abate
muy vergonzoso.
Tiembla al mirarnos:
¡qué pobre mozo!
Nunca esperaba
que fuese así;
no he visto joven
más infeliz.

CONDE. ¿Y aquel retrato
que de él me hiciste?

DIEGO. (¡Vaya una facha!
¿Quién no se ríe?)

CONDE. Ni es atrevido,
guapo, ni audaz;
y de bigotes,
está muy mal.
¿Vos sois Enrique?

ENR. El mismo soy:
el que esperábais,
sin duda, hoy.

CONDE. ¿Pero ese traje...?
No entiendo bien...

ENR. Es el del Seminario,
en donde me eduqué.

TODOS. ¿Del Seminario?—¡válgame Dios!
nadie tal cosa—nunca pensó.

ENR. Há tres años, de estos sitios,
pequeñito me ausenté,
y un hermano de mi madre,
fué mi guía y mi sostén.
A León me condujeron,
sin pedirme mi opinión,
y en obscuro Seminario
vuestro Enrique se educó.
Hoy quiere mi tío
que salga de allí,
y yo le obedezco
contento y feliz.
—De mi raza nadie queda,
nadie queda sino yo,
y es preciso no se extinga,
pues mi tío lo mandó.
«Ve á casarte sin tardanza,
la ocasión no hay que perder:
¡un varón necesitamos!»
—Y aquí vengo yo por él.
Pues quiere mi tío,

no hay más que decir;
y yo le obedezco
contento y feliz.

CORO. ¡Difícil empresa!

ENR. ¿Difícil? no tal:
por mí vela un ángel;
su auxilio me da,
y cuanto deseo
lo puedo alcanzar.

TODOS. ¿Un ángel? patrañas,
sin duda, serán,
que en el Seminario
la fe inventará.

ENR. Antigua leyenda
del Angel Guardián,
que por mi familia
veló sin cesar.
¿Queréis conocerla?
Pues bien, escuchad.

I

Las crónicas dicen
que, en fiero combate,
herido de muerte
Pacheco cayó;
y un ángel bendito,
batiendo sus alas,
con dulce sonrisa
así murmuró:
«Espera y confia,
tu estrella es feliz;
espera y confía,
yo velo por tí.»

II

Volviendo á la vida
por raro prodigio,

del caso asombrado
suspenso quedó,
y el ángel, abriendo
sus alas de oro,
con rápido vuelo
de allí se alejó.
«Espera y confía,
gritaba al huir;
espera y confía,
yo velo por tí.»

TODOS. Espera y confía,
tu estrella es feliz;
espera y confía,
yo velo por tí.

HABLADO

ROSA. (¡Su Angel de la Guarda! ¡Oh! ¡No lo olvidaré!)

DIEGO. ¡Já, já, já! ¡Y luego diréis que vuestro yerno no es un joven crédulo y confiado! Permitid que os felicite por la elección.

CONDE. Gracias. (¡Se está burlando!) (Mirando á Enrique.) (Y el hecho es que no le falta razón. Este chico, es tonto de capirote.)

ROSA. ¡Señor, permitid que nuestro querido amo se retire á descansar un momento! El viaje le ha fatigado mucho.

CONDE. Bien, bien; que haga lo que guste. (Este hombre no podrá jamás triunfar de mi enemigo.) Señores, retirémonos para que Enrique pueda descansar. (Voy á preparar á mi hija. Es preciso que la sorpresa no sea todo lo grande que puede ser. ¡Qué aire tan pacato! (Mirando á Enrique.) ¡Dios mío, cómo degeneran las razas! (Entra en la alquería. Vase el Coro.)

DIEGO. (¡La batalla no está perdida! Voy por mi nombramiento de Consejero. Hay que aprovechar la ocasión.) (Vase.)

ESCENA XI

ENRIQUE, ROSA y LUCAS

ENR. ¡Uf! ¡Qué ganas tenía de que se marchasen!... ¡Rosa! ¡Mi fiel Lucas!... ¡Dejad que os abrace á mis anchas!

ROSA. ¡Si supiérais cuánto nos hemos acordado de vos!

LUCAS. ¡No ha pasado día ni noche sin acordarnos!

ENR. ¡Pero cuánto has crecido, y qué guapa te has puesto!

LUCAS. ¡Eso sí: nos hemos puesto muy guapos!

ROSA. Pues, ¿y vos? No parecéis el mismo.

ENR. ¿Verdad que me he desarrollado mucho?

ROSA. ¡Bah! ¿Quién diría, al veros, que érais aquel muchacho travieso y decidor que corría por el parque?

ENR. ¿No habéis olvidado nuestras antiguas diabluras?

LUCAS. ¡Quiá! ¡Qué hemos de olvidar!... ¡Lo de cachetes que me tenéis dados!...

LOS DOS. ¡Já, já, já!

LUCAS. Me acuerdo que un día... un día me arrimásteis un puntapié, del cual guardo señal. ¿Y aquel pescozón que me levantó una ampolla como una nuez?

LOS DOS. ¡Já, já, já!

LUCAS. Pues, ¿y cuándo me dabáis de puñetazos, hasta ponerme la cara como un tomate?... No, la verdad es que nos divertíamos mucho.

ROSA. Y todos, al recordaros, creíamos que estudiábais la carrera de militar.

LUCAS. ¡Justo! ¡Que érais un oficial calavera, valiente, emprendedor...!

ENR. Ya os he dicho que mi tío quería dedicarme á la iglesia. Por fortuna, hace ocho días fué á visitarme al Seminario, y me dijo: «Sobrino mío, he cambiado de parecer. La noble raza de los Pachecos, no debe perderse: he decidido casarte: mañana sales para Madrid, en donde te aguarda tu futura.» Y dicho y hecho: aquí me tenéis.

ROSA. Pero, ¿no conocéis siquiera á vuestra novia?

ENR. No tal.

LUCAS. ¡Hombre, esto tiene gracia!

ROSA. ¿No sabéis que es Aurora, la hija del señor Conde de Cifuentes?

ENR. ¿Ese viejo tan feo que estaba ahí hace poco?

ROSA. El mismo.

LUCAS. ¡Pero si el padre es feo, la hija... de rechupetillo!

ENR. Y ¿en dónde está?

ROSA. Ahí dentro.

ENR. ¿Tan cerca?

LUCAS. ¿Os asustáis?

ENR. No; pero... francamente, como en el Seminario las mujeres no tenían entrada, eso de encontrarse de repente con una... ¡Vamos! Me estremece un poco.

LUCAS. Sí, os pasa lo que á mí cuando estoy cerca de alguna que yo conozco. (Mirando á Rosa.) Os da la muerte chiquita. Pero no tengáis miedo; eso pasa pronto.

ROSA. ¡Callad! Aquí viene.

ENR. ¡Cielos! (Vacilando.)

ROSA. ¿Qué es eso?

LUCAS. ¡Canario!

ENR. ¡Encontrarme con ella tan pronto, cara á cara!...

LUCAS. ¡Pues así es como á mí me agradan más!...

ROSA. ¿Tembláis?

LUCAS. ¡Ya se le pasará, ya se le pasará!

ENR. Tiemblo, á pesar mío... porque... podéis creerme, no tengo nada de cobarde.

LUCAS. (¡Pobrecillo! ¡Pues digo si fuera yo!...)

ROSA. ¡Ánimo!... Sígueme, Lucas.

ENR. ¿Os marcháis?

ROSA. Naturalmente.

LUCAS. ¡Á ella! ¡Y nada de remilgos, ni de andróminas! ¡Pues digo si fuera yo!...

ROSA. ¡Andando! (¡Conviene que ella misma le desengañé!) (Vanse.)

ESCENA XII

ENRIQUE y AURORA

AURORA. (¡Un abate! ¡Qué infamia! ¡Ah! ¡Aquél es, sin duda!)

ENR. (¡Creo que me mira! ¡Me estoy poniendo más colorado que una guinda!)

AURORA. (¡No, pues no me parece muy feo; pero el aire es de imbécil!) ¡Ejém, ejém! (Tosiendo.)

ENR. ¡Señorita!... (¡Dios mío, qué guapa es!) (Mirándola.)

AURORA. Según acaba de decirme mi padre, sois...

ENR. Enrique, servidor vuestro...

AURORA. Por muchos años. (Burlándose.)

ENR. Y vos, según me acaban de asegurar, os llamáis Aurora.

AURORA. Para serviros. (Burlándose.)

ENR. Para servir á Dios.

AURORA. Amén Jesús. (¡Já, já, já!)

ENR. Y sois, á juzgar por mis noticias, hija de vuestro padre. Es decir... es claro... pero... en fin... que sois la... ó, mejor dicho, que yo voy á ser quien...

AURORA. Vuestra elocuencia me seduce.

ENR. Gracias, señora, muchas gracias. (¡Se está burlando!)

AURORA. Y, á propósito: supongo que ya sabréis de lo que se trata.

ENR. ¡Ya lo creo que lo sé! (Mirándola embobado.)

AURORA. Y, francamente, ¿no tenéis nada que objetar contra este matrimonio?

ENR. ¿Que si no tengo nada que...?

AURORA. ¿Estáis dispuesto á casaros conmigo?

ENR. Completamente dispuesto.

AURORA. ¿Es decir, que me amáis?

ENR. (¡Uf! ¡Sudo más que en un examen!)

AURORA. ¿Que no teméis más adelante nada que pueda seros desagradable?

ENR. En teniendo salud y buena voluntad...

AURORA. ¡Já, já, já! (¡Es un simple! ¡Más vale dejarle!) ¡Adiós!

ENR. (¡Cómo! ¿Se marcha?) ¡Aguardad!

AURORA. ¿Eh?

ENR. Digo que... (¡Me daría de puñetazos!)

AURORA. ¿Decíais...?

ENR. Que, con vuestro permiso, voy á cambiar de traje.

AURORA. Como gustéis. ¡Bah! ¿Y era eso todo? ¡Andad, corred!

ENR. (¡Oh, cuán ridículo debo parecerle! Lo mejor es huir. ¡Soy un mentecato!) (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

AURORA; luégo DIEGO

AURORA. ¿Y es éste el hombre que mi padre me destina para esposo?

DIEGO. Ya estoy de vuelta.

AURORA. ¿Eh?

DIEGO. Necesito hablar cuanto antes con tu padre.

AURORA. ¿Otra vez? ¡Está furioso! ¡Tu presencia aquí, le ha irritado en extremo!

DIEGO. ¡Bah!

AURORA. Mi prometido acaba de llegar.

DIEGO. Ya he tenido el honor de conocerle.

AURORA. ¡Y yo también! ¡Un necio! ¡Un idiota!

DIEGO. ¿Y serán capaces de sacrificarte?

AURORA. ¡Eso, nunca! ¡Yo no amo ni puedo amar á nadie más que á tí!

DIEGO. ¡Angel adorado! (Besándola la mano.)

ESCENA XIV

DICHOS; EL CONDE, por el foro.

CONDE. ¡Caracoles! (Viéndolo.)

LOS DOS. ¡Ah!

CONDE. ¿Y os atrevéis á todo eso, casi en mis barbas?

AURORA. ¡Papá!

CONDE. ¡Si me dejase llevar de mi furor!...

AUROBA. ¡Silencio! ¡Pueden oiros! ¡Calmáos por la Virgen Santa!

CONDE. ¡Ya estoy dominado!

DIEGO. Entonces, permitid que...

CONDE. ¡Silencio! ¡Déjanos solos!

AURORA. Pero...

CONDE. ¡Que te marches!

AURORA. ¡Bueno! ¡Mas tened entendido, que no me casaré nunca con vuestro imbécil seminarista!

DIEGO. ¡Ya lo sabéis!

CONDE. ¡Caballero!

AURORA. ¡Nunca! ¡nunca! ¡nunca! (Vase por el foro.)

ESCENA XV

EL CONDE y DIEGO

CONDE. ¿Habráse visto insolencia igual? (Va á marcharse.)

DIEGO. ¡Un instante!

CONDE. ¿Eh?

DIEGO. ¡Vengo á hablaros en nombre de mi tío!

CONDE. Pero, señor, ¿querrán volverme loco? ¿No os he dicho ya que odio, que detesto, que abomino, á ese favorito imbécil?

DIEGO. Mi tío, caballero, ha reparado en vos.

CONDE. ¿Cómo es eso?

DIEGO. Os ha observado, os ha estudiado, y adquirió la certidumbre de que tenéis un talento superior.

CONDE. Eso es verdad.

DIEGO. Una inteligencia clarísima.

CONDE. No puedo negarlo, aunque quisiera.

DIEGO. «Este es el hombre que necesito—ha dicho,—la lumbrera que puede iluminar la Corte.»

CONDE. ¿De veras? ¿El gran Castrillo ha dicho eso?

DIEGO. Y añadió todavía otra cosa.

CONDE. ¿Añadió?

DIEGO. Mi tío añadió: «Es necesario que á toda costa, Cifuentes sea mío.» Perdonad la familiaridad: es mi tío quien habla.

CONDE. ¡Bah! ¡Pues ya lo creo! Por dispensada. Pero... ¿no será todo esto una broma?

DIEGO. ¿Dudáis de mí?

CONDE. Hombre, yo no diré que dudo; pero, francamente, no os creo.

DIEGO. Aquí tenéis la prueba de cuanto acabo de decir. (Sacando un pliego.)

CONDE. ¿Qué es eso?

DIEGO. Vuestro nombramiento de Consejero íntimo. ¿No era ese el puesto que ambicionábais?

CONDE. ¿Qué decís? ¿Consejero? ¡A ver, á ver! (Viendo el pliego.) ¡Sí, no hay duda! ¡Está sellado y firmado, y...! ¡Ah, estos Castrillos...! ¡Confesemos que son unos ministros magnánimos!

DIEGO. Y no es esto sólo.

CONDE. ¿Hay más aún? (¡Uf! ¡Sudo de placer!)

DIEGO. Muy en breve seréis condecorado.

CONDE. ¿Una placa? ¡Ministros jigantescos he visto; pero como como vuestro tío, ninguno!

DIEGO. ¿De modo, que ya no os parece tan inepto ni tan ingrato?

CONDE. ¿Inepto el Conde? Nunca dije eso. Su talento es notorio. Yo estaba herido, ¿comprendéis? Pero le amaba en el fondo.

DIEGO. Pues bien: en ese caso, vuelvo á tener el honor de pediros la mano de vuestra hija.

CONDE. ¡Con mil amores, vaya! ¡El sobrino del ministro!... ¡Concedida, concedida! ¡Pero ahora recuerdo!... ¡El caso es que tenía empeñada mi palabra!...

DIEGO. La desempeñáis. La cosa es fácil.

CONDE. Nada más fácil. ¡Así, como así, mi futuro yerno es un imbécil!

DIEGO. Ya os lo dije hace rato.

CONDE. Es necesario romper abiertamente.

DIEGO. ¡Una idea!

CONDE. Debe ser buena. Los Castrillos siempre las han tenido.

DIEGO. Reunimos á todos los vasallos, amigos y convecinos, y delante de todos, para que llegue pronto á noticia de mi tío, declaráis solemnemente, que el verdadero futuro de Aurora, soy yo.

CONDE. ¡Justo! Y el otro se queda con un palmo de narices.

DIEGO. ¡Y se vuelve al Seminario, corrido como una mona.

CONDE. La verdad es, que, no siendo Consejero, estaba obligado á cumplir mi palabra; pero siéndolo, de ningún modo, sería el primer Consejero que la cumpliese. Venid. Supongo que hablaréis á vuestro tío de mi firmeza.

DIEGO La conoce hace tiempo.

CONDE. Es natural. Hay pocos magnates de tanta penetración. Venid. No perdamos tiempo. (Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XVI

ENRIQUE, en traje de caballero. Sale despacio, y como absorto en sus reflexiones. Luégo ROSA

ENR. ¡Ni un momento su imagen se aparta de mis ojos! La veo sin cesar, riéndose de mi torpeza y burlándose de mi necia candidez!

ROSA. ¡Calle! ¿Habéis cambiado de traje? ¡Oh! ¡Qué bien estáis así! Pero, ¿qué es eso? ¿Qué tenéis?

ENR. ¡Tengo, que soy un mentecato, un tonto, un idiota! ¡Que hace un momento, esa mujer se ha burlado de mí; que sólo pienso en ella; que su recuerdo me fascina: en fin, que estoy enamorado!

ROSA. ¿Enamorado? (¡Dios mío!)

ENR. ¡Mi emoción ahogó mil frases de amor apasionado! ¡Oh, si hubieses tú ocupado su puesto, si hubieras sido tú...!

ROSA. ¿Qué la hubiérais entonces dicho?

ENR. Escucha.

MÚSICA

ENR. En el lóbrego retiro
que mi vida se encerró,
y una noche, en que soñaba,
ví una imagen como vos.
Al veros ahora,
mi pecho se agita,
que un sueño de amores
en vos se realiza.
Fantasma divino,
que alienta en mi sér,
aún antes de veros,
con vos ya soñé.

ROSA. (¡Dulce lenguaje,
tierna ilusión;
de ella es, sin duda,
mi corazón:
porque esas frases
que absorta oí,
no se dirigen
todas á mí!)

ENR. Tú eres sólo mi esperanza;
vivo, ingrata, por tu amor:
si desprecias mi quebranto,
á tus plantas muero yo.
¡Imagen amada,
mi dicha querida,
ó dame tus brazos,
ó toma mi vida!
Así hubiera dicho,
sin necio temor,
si en vez de la otra,
tú fueses mi amor.

ROSA. (¡Dulce lenguaje,
tierna ilusión;
de ella es, sin duda,

su corazón;
porque esas frases
que absorta oí,
no se dirigen
todas á mí!)

ENR. ¿Qué debo hacer ahora?
¡Malhaya mi torpeza!

ROSA. Debéis, señor, portaros
con noble gentileza;
si en el convento fuísteis
tan tímido doncel,
preciso es en la Corte
dejar la timidez.
Con las damas atrevido
debéis ser,
y valiente con los hombres
demostrad vuestra altivez.
De una raza poderosa
descendéis,
y es preciso su fiereza
y su gloria sostener.

ENR. Yo te juro tus consejos
observar;
nuevo sér mi pecho siente,
ya soy otro, ¡voto va!
de una raza poderosa
vengo yo,
y es preciso que conserve
su gloriosa tradición.

LOS DOS. Ya su poder—apareció.
Un nuevo sér—se reveló.
Vedle galán—fiero y gentil,
ella á su afán—se ha de rendir.

HABLADO

ENR. Sí, sí, dices bien. ¡Sería indigno y cobarde que el último de mi raza se volviera un colegial tímido y pazcuato!

ROSA. Además, no habréis olvidado que vuestro hermano era jefe de un gran partido, y que debéis ocupar su puesto. Vuestros amigos confían en vos para ayudarles al triunfo del bravo don Juan de Austria.

ENR. Les ayudaré, ¡voto al infierno! y ya veremos quién triunfa en Castilla, ¡mil pares de demonios!

ROSA. ¡Así me gusta! ¡Eso, tosed fuerte!

ENR. ¡Ejém, ejém!

ROSA. Y jurad cuanto queráis.

ENR. ¡Vive el cielo! ¡Rayos y culebrinas! ¡Truenos y relámpagos!

ROSA. ¡Bravísimo!

ENR. ¡Te adoro, Aurora; te amo, te idolatro!

ROSA. (¡Y yo que protegía sus amores con el otro! ¡Ah, nunca! ¡Es preciso hacerle dichoso!)

ESCENA XVII

DICHOS; LUCAS, por el foro de la derecha.

LUCAS. ¡Por aquí! ¡Venid por aquí!

ENR. ¿Qué es eso? ¡Mil centellas!

LUCAS. ¿Eh?

ENR. ¡Habla pronto, ó te santiguo!

LUCAS. ¡Calla! ¡Qué cambio! ¿No sois el de antes?

ENR. ¡Imbécil!

LUCAS. ¡Me trata como en otro tiempo! ¡Una prueba más! Dadme una prueba de que sois aquel Enrique que conocíamos.

ENR. ¡Toma! (Dándole un bofetón.)

LUCAS. El mismo. ¡Cómo me voy á divertir!

ROSA. Pero, en fin, ¿qué ocurre?

LUCAS. Que el señor Conde se dirige á este sitio con todos los servidores, y me ha dicho que llamase á su hija y que os previniese á vos también. Creo que se trata de vuestra boda.

ENR. ¿De mi boda? ¡Oh, felicidad!

ROSA. ¿Tan pronto?

LUCAS. ¡Miradlos, miradlos!—¡Señorita Aurora, salid, salid al punto!

ESCENA XVIII

DICHOS; AURORA, EL CONDE, DIEGO y CORO GENERAL

MÚSICA

CONDE. Adentro, amigos míos.
DIEGO. Seguidme sin tardar.
AURORA. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?
ENR. (¡Cuán bella ¡ay Dios! está!)
ROSA. (Si logro, al fin, su dicha,
¿qué importa lo demás?)
CORO. Testigos de una boda,
venimos con afán,
aun cuando no sabemos
quién hoy se casará.
ENR. El novio, amigos míos,
miradle bien, soy yo.
La novia, es esta dama,
que adora el corazón.
AURORA. (¿Qué dice?)
CONDE. (¡Pobrecillo;
buen chasco va á llevar!)
CORO. Que viva nuestro amo.
Que viva su beldad.
ENR. Dispuesto, señor Conde,
tenéis á Enrique ya.
Dejadme vuestras gracias

de hinojos admirar.

CONDE. Perdón, señor Pacheco.
Equivocado estáis.

ENR. ¿Qué decis?

CONDE. Que el marido,
señores, aquí está. (Señalando á Diego.)

ROSA. (¡Oh, cielos!)

ENR. ¿Qué habéis dicho?

AURORA. (¡Oh, dicha!)

ENR. ¡Qué maldad!

ROSA. (No entiendo tal mudanza.)

LUCAS. (No he visto cosa igual.)

ENR. El vil que osó malvado
burlar mi ardiente amor,
no paga con su vida
la afrenta de mi honor.

(Concertante. La letra que canta cada cual se halla con la partitura.)

Señor, Conde, yo os suplico
que esto al punto me expliquéis.

CONDE. Eso es cosa de mi yerno.

DIEGO. Soy su esposo como veis.
Consolaros, pobre mozo,
y un consejo os voy á dar:
á la iglesia dedicaros
que os conviene mucho más.

AURORA. Al convento, amigo mio,
regresad sin dilación.

CONDE. Y decidle á vuestro tío,
que esa es mi última opinión.
¡Adiós! ¡Adiós!

CORO. ¡Tal desaire á nuestro amo,
no debemos tolerar!

CONDE. ¡Consoladle, pobre mozo!

ROSA. (¡Yo su afrenta he de vengar!) (Vase.)

(Vanse, Aurora, El Conde y Diego, por la izquierda. Enrique, permanece en el centro de la escena avergonzado y confuso.)

CORO. ¡Alzad esa frente!
¡Castigo al tirano!
Vengar es preciso
la afrenta, señor.
¡El vil que es pariente
de un fiero tirano,
jamás de un Pacheco
burlarse debió!

ENR. ¡No, no; dejadme!
Un necio fuí,
y yo soñaba
triste de mí.
Gracias, amigos;
gracias os doy;
dejadme á solas
con mi dolor.

(Se sienta abatido cerca de la mesa de la taberna, y se cubre el rostro con las manos.)

CORO. (Marchándose poco á poco.)
Su pena infunde
triste pesar;
que nadie turbe
su soledad.

(El Coro ha desaparecido, quedando Enrique solo en escena.)

ROSA. (Dentro.) Espera y confía,
tu estrella es feliz;
espera y confía,
yo velo por tí.

ENR. (Levantándose sorprendido.)
¡Oh, cielos! ¡Qué escucho!
¡Es mi Angel Guardián!
¡Oh, sí! ¡Ya no temo!
¡Su auxilio me da!
¡Bendita es mi estrella!
¡Valor! ¡Y á luchar!

(Vase corriendo por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín á todo foro. Estatuas, jarrones y grandes arbustos. A la derecha, primer término, un pabellón con ventana practicable frente al público, y puerta en el costado. Debajo de la ventana, un banco de piedra. Es de noche. La luna ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

ROSA; luégo MATEO y CORO DE HOMBRES

MÚSICA

ROSA. Ninguno me observa.
¡Soberbia ocasión!
En tanto ellos bailan,
conspiro aquí yo.

(Después de observar, se dirige al foro y hace señas.)

Entrad sin cuidado.
¡Silencio, por Dios!

(Mateo y el Coro salen por el foro de la derecha.)

MATEO. No hagamos ruido,
prestad atención.

CORO. ¡Prudencia y sigilo!
Ninguno nos vió.

El sitio exploremos
sin más dilación.

ROSA. ¡Silencio!

TODOS. ¡Silencio!

ROSA. Bajemos la voz.

MATEO Y CORO. Di pronto lo que pasa.
¿Por qué en este lugar
nos citas hoy á todos
con prisa sin igual?

ROSA. La causa de la cita,
os voy á confiar.

—

¡Jardinera de palacio
su alto dueño me nombró,
y há tres meses aquí vengo
á cumplir mi obligación;
vigilante cual ninguno
cien secretos descubrí,
y el que á todos más importa
vais atónitos á oir!

—

Don Juan, del destierro
al fin se fugó,
y aquí se dirige
con ciego valor.
El pueblo le aclama,
y el padre Nithard
á todos la nueva
pretende ocultar.

MATEO Y CORO. ¡Cielos! ¿Qué dice?
Si eso es verdad,
la hora ha llegado
de pelear.

ROSA. El Conde de Cifuentes
aquí una fiesta da,
y todos los ministros
muy luego acudirán.

El golpe es atrevido,
mas no hay que vacilar.
¡Prended á la regencia
y el triunfo asegurad!

MATEO Y CORO. ¡Idea soberbia!
¡Magnífico plan!
Cogedles á todos
en este lugar.
Sin guardias, ni gente
que amparo les dé,
tendrán que rendirse
á nuestro poder.

ROSA. Á todos los amigos,
preciso es prevenir.
Que escalen á una seña
las tapias del jardín.
Atentos á mi aviso
sin tregua vigilad,
y cuando menos piensen,
cogidos se verán.

TODOS. ¡Idea soberbia!
¡Magnífico plan!
¿Quién lance tan serio
podrá sospechar?
El pueblo en seguida
la nueva sabrá,
y el bravo caudillo
al fin triunfará.
¡Silencio! ¡Silencio!
¡Já, já, já, já!
Ya me río, figurándome
la carita que pondrán,
cuando caigan en la cuenta
los amigos de Nithard.

HABLADO

ROSA. ¿Qué os parece mi plan?

MATEO. ¡Magnífico!

ROSA. Estad preparados dentro de una hora cerca de la tapia, y yo os avisaré.

MATEO. Pero, dime: ¿Qué fiesta celebran hoy en este palacio?

ROSA. La boda de don Diego y de la señorita Aurora. La hija del Conde de Cifuentes.

MATEO. Sí. Ese traidor antiguo partidario de don Juan, y hoy nuestro enemigo. Y todo, ¿por qué? ¡Por un simple empleo!

ROSA. Ahora se hallan todos los convidados en los salones contiguos al jardín; pero el Conde ha dispuesto que la verdadera fiesta se celebre aqui á la clara luz de esta hermosa noche de verano. Ahí dentro se ahogan de calor, y es mucho más poético casarse bajo los rayos de la luna.

MATEO. Mejor que mejor. Les pescaremos aquí á todos.

ROSA. Mucha serenidad y nada de vacilaciones.

MATEO. ¿Vacilaciones nosotros?

ROSA. Avisad á vuestros amigos.

MATEO. Todos aguardaremos tu señal dentro de una hora, ocultos, cerca de la tapia.

ROSA. ¡Pronto! ¡Partid!

TODOS. (Marchándose.)

¡Idea soberbia!
¡Magnífico plan! etc.

ESCENA II

ROSA

Mi prudencia y mi voluntad alcanzarán un completo triunfo. Ahora, es preciso impedir esa maldita boda. Para ello cuento con armas poderosas. Este medallón,

que la casualidad me hizo encontrar aquí mismo, y esta carta que me dió mi padrino, y por la cual haré lo que quiera del Conde de Cifuentes. ¡Que Enrique sea dichoso! ¡Que se case con la mujer que adora, aún cuando su felicidad me destroce el alma! ¡Eh! Creo que vienen. Lo mejor será que no me vean. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

DIEGO; AURORA, por el foro de la izquierda.

MUSICA

DIEGO. ¡Mi bella futura!
AURORA. ¡Mi noble señor!
DIEGO. Aquí entre las flores,
estamos mejor.
Dejemos del baile
la zambra infernal,
que aquí, retirados,
gozaremos más.

I

¡El cielo alegre me sonríe!
¡Bello aparece el porvenir!
Todas las rosas su perfume
dan para mí.
Como la luz de mi esperanza
nace brillante un nuevo sol,
y para mí, como las flores,
da su calor.
LOS DOS. ¡Bendita mil veces
mi dicha será,
y siempre á tí unida
mi fe vivirá!

II

DIEGO. Como la gota de rocío,
que nueva vida al campo da,
así tu amor, tesoro mío,
mi vida es ya.
Pronto mi dueña eternamente
ante los cielos vas á ser,
y yo tu esclavo solamente
luégo seré.

LOS DOS. ¡Bendita mil veces!... etc.

HABLADO

DIEGO. ¡Dia venturoso para todos! Para tí, para mí, para tu padre, á quien el Conde de Castrillo colma de favores; para todo el mundo, en fin, que goza con nuestra felicidad.

AURORA. Existe, sin embargo, una excepción.

DIEGO. ¿Una excepción?

AURORA. Sí tal. Existe un hombre que no se alegrará de nuestra dicha. ¿Olvidaste, quizás, á mi exfuturo, el pobre seminarista?

DIEGO. ¡Verdad es!

AURORA. ¿Crees que podrá alegrarse cuando llegue á sus oídos la noticia de nuestra boda?

DIEGO. ¡Já, já, já!

AURORA. ¿Qué habrá sido de él?

DIEGO. Lo ignoro. Há tres meses desapareció de su antigua alquería, y nadie le ha visto de nuevo.

AURORA. De fijo, volvería á su Seminario.

DIEGO. ¡No fué mal chasco el que le dimos!

AURORA. ¡Aún recuerdo su cara, al recibir nuestro desprecio!

DIEGO. Por poco se echa á llorar.

ESCENA IV

DICHOS y EL CONDE

CONDE. ¡Inaudito, extraordinario, asombroso!
AURORA. ¿Qué ocurre, papá?
CONDE. Que uno de nuestros invitados acaba de promover un verdadero escándalo en los salones. ¡Todo el mundo está asombrado!
DIEGO. ¿Pero qué ha hecho?
CONDE. Empezó por ganar mil ducados, no sé á quién. Después, cantó y bailó con inaudita gracia. Y todo, en un momento. Apenas acaba de aparecer.
AURORA. ¿Le conocéis?
CONDE. No he podido verle. ¡Hallábase rodeado de tal modo...!
DIEGO. Pero, en fin, ¿cómo se llama?
CONDE. Nadie sabe su nombre.
DIEGO. ¡Es extraño,
AURORA. ¡Es original!
CONDE. Ahora mismo voy á buscarle, y yo os prometo averiguar... ¡Porque alguien debe haberle invitado!

ESCENA V

DICHOS; ENRIQUE y CORO GENERAL

ENR. ¡No os engañáis, señor Conde!
CONDE. (Reconociéndole.) ¡Cielos!
DIEGO. ¡Qué veo!
AURORA. ¡El seminarista!

MÚSICA

ENR. (Mostrando un pliego.)
Ved aquí la invitación.
Firma y sello, mirad bien.

CONDE. (Viéndolo.) ¡Del ministro!
TODOS. ¡Del ministro!
ENR. Invitado fuí por él.
¡Bella Aurora,
gran señora,
recibid mi parabién!
Vuestro enlace,
me complace,
y testigo quiero ser.
CONDE. (¡Se está burlando!)
AURORA. (¡Qué avilantez!)
ENR. (A Diego.) Y yo espero,
caballero,
sus favores alcanzar,
pues amigo
del testigo
vos seréis, á no dudar.
DIEGO. Si pensáis de mí burlaros,
no lo sufro, ¡voto á tal!
ENR. ¿Burlarme yo,
qué atrocidad;
de una familia
tan principal?
CORO. Dice que no,
pero es verdad;
burlándose de todos
el mozo está.

—

ENR. Yo soy un pobre
seminarista;
otro tan tímido,
jamás se vió.
No existe ofensa
que él no resista,
como há tres meses
bien se probó.
Su futura le ha burlado

con ingenio singular,
y el pobrete, avergonzado,
tuvo el puesto que dejar.

TODOS. ¡Me sorprende su osadía!
¡Cara al fin le ha de costar!

II

ENR. Yo en mi retiro
de pena lloro,
y late... ¡oh, cándido!
mi corazón.
Mientras la ingrata
que tanto adoro,
se burla impávida
de mi pasión.
Porque al mísero ha burlado
con ingenio singular,
y el pobrete, avergonzado, etc.

HABLADO

DIEGO. Señores; mientras llega la hora de firmar el contrato, daremos un paseo por el parque. (A Enrique.) Esperadme aquí.

ENR. Con mucho gusto. ¡Adiós, mi prometida esposa! ¡No os ofendáis! Lo fuísteis un momento, pero me volví al Seminario. ¿No es verdad, señor Conde?

CONDE. A mí no me mezcléis en nada. ¡Estoy furioso!

ENR. ¡Y yo también! ¡Tomadlo como queráis!

CONDE. ¡Ni lo tomo, ni lo dejo! (¡Caracoles!) (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA VI

ENRIQUE; luégo LUCAS y ROSA

ENR. ¡Já, já, já! Empiezo á saborear mi venganza. ¡Con cuánto placer acabo de confundir su necio orgullo!

LUCAS. (Saliendo con Rosa, por la derecha; aquél, con un cesto lleno de flores.) ¿Conque debo entregar estas flores al mayordomo del señor Conde?

ROSA. Eso es. Anda ligero.

LUCAS. Volando. (Enrique se vuelve hacia Lucas; éste le reconoce, y ambos lanzan un grito de sorpresa.)

ENR. ¡Calle!

LUCAS. ¡Qué veo!

ENR. ¡Lucas!

LUCAS. ¡Nuestro querido amo!

ENR. ¡Y Rosa también!

ROSA. (Disimulemos.) ¡Pues es verdad! ¿Vos aquí? ¡Quién había de figurarse...!

ENR. ¿Pero cómo os encuentro en casa del Conde?

LUCAS. Muy sencillo.

ENR. ¡Calla tú, cernícalo!

LUCAS. ¡Es el mismo de siempre!

ENR. ¡Habla tú, Rosa!

ROSA. Somos jardineros de palacio.

ENR. ¡Ah! Por eso sin duda abandonásteis la alquería, dejándome en ella solo. Vuestro proceder ingrato, me llegó al alma.

ROSA. ¡Como digísteis que volvíais al Seminario!...

LUCAS. En cuanto á mí, ni pincho ni corto. Donde ella va, allá la sigo. Ella es el caldero y yo la soga.

ENR. Afortunadamente, velaba alguien por mí.

ROSA. ¿Quién, señor?

ENR. ¡Mi Angel Guardián! ¡Ah, Rosa! ¡Si supieras cuánto le debo!

ROSA. ¿Es posible?

ENR. ¿Recuerdas el día de mi llegada á la quinta?

ROSA. Hace tres meses.

LUCAS. ¡Caba! ¡Con aquella facha de doctrino!

ENR. ¡No habréis olvidado el desaire que sufrí del Conde y mi futura!

LUCAS. Todavía le tengo aquí clavado.

ENR. Pues bien; aquella noche me dormí presa de una es-

pantosa fiebre. De pronto me pareció oir una voz que decía: «Ve á la Corte; destierra esa timidez; sé audaz y atrevido, véngate de tal desprecio.» Abro los ojos, y veo deslizarse una sombra por la puerta.

LUCAS. Visiones de la calentura.

ENR. No, Lucas. Las visiones no dejan como aquella, bolsas de seis mil ducados á la cabecera de la cama.

LUCAS. ¡Cómo! ¿Os dejó seis mil ducados?

ENR. Añadiendo: ¡Acuérdate de tu Angel Guardián!

LUCAS. ¡Y no haber tropezado yo con el mío en toda la vida!

ENR. Siguiendo su consejo, me vine á Madrid. Durante estos tres meses, he tenido maestros de baile, de canto, de esgrima... en fin... ¡Ya soy otro!

LUCAS. Decidme: y vuestro Angel, ¿no ha vuelto á soltar la mosca?

ENR. ¡Oh! ¡Mi Angel no me abandona! Figuráos, que al saber hace dos días que hoy debía verificarse en este palacio la boda de mi prometida con mi necio rival, sentí una emoción profunda. ¡Hubiese dado la mitad de mi vida por poder asistir á la ceremonia!

LUCAS. ¿Y qué?

ENR. De pronto, mi ayuda de cámara, da un grito. ¡Señor! exclama: ¡Mirad lo que hay en este bolsillo!

LUCAS. ¿Otros seis mil ducados?

ENR. ¡No! ¡Una invitación á la boda, puesta á mi nombre, y firmada por el padrino, que es el ministro nada menos.

ROSA. ¡Asombroso!

ENR. Y además, un billete que decía: «Ve á la fiesta. Procura que se fije en tí todo el mundo. Allí estará dispuesto á protegerte, tu Angel Guardián.»

LUCAS. ¡Extraordinario!

ROSA. ¡Sorprendente!

ENR. Desde hace una hora aguardo nuevas ordenes, y busco ansioso á mi protector por todas partes.

ROSA. ¡Qué extraño es todo eso! Pero en fin, dispensadme si os dejo, señor. Voy á llevar estas flores. Lucas quedará á vuestro servicio.

ENR. ¡Adiós, mi bella Rosa!

ROSA. ¡Hasta después! (Pongamos en práctica mi proyecto.)

(Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA VII

ENRIQUE y LUCAS

LUCAS. ¡Pero qué linda y qué graciosa se está poniendo!

ENR. En efecto: ¡Hasta hoy no había reparado!...

LUCAS. ¡Pues nada! ¡Que no quiere casarse! ¡Y eso, que se presentarán pocos de mis condiciones!

ENR. ¡Ah! ¿Deseas casarte con ella?

LUCAS. Desde que nací, no pienso en otra cosa. ¡Si quisiérais interesaros haciéndole ver mi belleza física y moral!

ENR. ¡Bueno! ¡Me interesaré! Ahora sólo me preocupa la llegada de mi protector.

LUCAS. ¿Y si en vez de protector fuese protectora? Porque en los ángeles debe haber también sexo. ¡Apuesto á que es un ángel femenino!...

ENR. ¡Qué tontería! Dentro de poco firmarán el contrato, y entonces, ¡adiós, mi esperanza!

LUCAS. ¿Pero queréis casaros todavía con quien tanto os despreció?

ENR. ¡Quiero vengarme, Lucas!

LUCAS. ¡Ah! ¡Vamos! ¡Comprendo! Os casáis, y de cada paliza, la ponéis verde.

ENR. ¡Estúpido! ¿Crees que puede un caballero como yo, pegarle á una señora?

LUCAS. Cuando se va la mano, no hay caballería que la contenga.

ESCENA VIII

DICHOS; ROSA, disfrazada de vieja bohemia.

MÚSICA

ROSA. Buenos señores,
por caridad.
Amparad, á la pobre bohemia,
que triste aquí implora
con necesidad.

LUCAS. ¿Quién permiso ha dado
para entrar así?
¡Fuera la mendiga!

ROSA. ¡Ay! ¡Pobre de mí!

ENR. ¡Aguarda! ¡Qué diantre!
¡Tomad y partid! (Dándole una moneda.)

ROSA. Vago errante y solitaria
con entera libertad,
y en la mano que me tienden
yo descubro la verdad.
Es mi ciencia poderosa,
y adivino el porvenir.
Si queréis que os dé una prueba,
pronta estoy á darla aquí.

LUCAS. ¡Ay, qué bruja!

ENR. ¡Qué habéis dicho!

LUCAS. Son patrañas, nada más.
Por ganarse con los tontos,
lo que nadie le dará.

ROSA. Una prueba voy á daros
de la ciencia que adquirí.
Preguntadme á vuestro antojo.
La verdad, he de decir.
Vos, Pacheco, sois valiente,
noble, intrépido y leal.
Y tú, Lucas, francamente...

LUCAS. ¿Yo, qué soy?
ROSA. ¡Un animal!
ENR. ¡Já, já, já!
LUCAS. ¡Qué avilantez!
ENR. Esta jitana
dice muy bien.
LUCAS. Si no se marcha,
¡voto á Luzbel!
con un garrote
la compondré.
ENR. ¡Sabe mi nombre!
Vamos á ver.
Tomad mi mano.
LUCAS. ¡Dios de Israel!
ENR. Decidme todo
lo que aquí veis.
ROSA. (Examinando la mano de Enrique.)
Amáis sin esperanza
á una doncella,
que se casa con otro
y que os desprecia.
ENR. ¡Ah! ¡No se engaña!
ROSA. Ya ve el señor de Lucas
que no es patraña.
ENR. Seguid diciendo
con claridad.
LUCAS. Pues ha acertado.
¡Qué atrocidad!
ROSA. Dentro de poco rato
casarla intentan,
y queréis impedirlo,
según mi cuenta.
ENR. ¡Cielos! ¡No hay duda!
ROSA. Ya veis que no es patraña,
señor de Lucas.

—

LUCAS. Siento escalofrios

y me dan sudores.
Esta es una bruja
de las superiores.
Aquí está mi mano.
¡Pronto! ¡Examinad!
Quiero de mi suerte
saber la verdad.

ROSA. (Viendo su mano.)
Tú eres un mastuerzo,
y amas á una chica,
y explicarte quieres,
y ella no se explica.
Anda prevenido,
porque á no dudar,
unas calabazas
te ha de regalar.

ENR. También tus cuitas
adivinó.

LUCAS. ¡Qué porvenir tan lóbrego
pronosticó!

LOS TRES

ENR. y LUCAS. De mi historia, sin ambajes,
aquí ha dicho la verdad.
Si no es bruja, lo parece,
y es su ingenio singular.

ROSA. Vuestra historia, sin ambajes,
he logrado adivinar.
Si queréis que hablando siga,
me podéis interrogar.

HABLADO

ENR. ¿Qué te parece?

LUCAS. Que eso de las calabazas, me ha dejado frío.

ROSA. Para impedir la boda que tanto os molesta, puedo daros un talismán.

ENR. ¿Vos?

LUCAS. Será cualquier ungüento; como si lo viera.

ROSA. Con este medallón, seréis dichoso. (Le da un medallón.)

ENR. ¡No comprendo!...

LUCAS. Decidme: ¿No podríais darme otro que secara toda la cosecha de calabazas?

ROSA. ¡Abridle! Leed á vuestro rival los versos que contiene, y hará cuanto queráis.

ENR. ¡Qué locura!

ROSA. (Marchándose.) ¡Adiós! Ten confianza y espera.

ENR. ¡Esas palabras!. . ¿Quién sois?

ROSA. ¡Tu Angel Guardián! (Vase corriendo.)

ENR. ¡Cielos!

LUCAS. ¡Caspitina!

ENR. ¡Aguardad! ¡Un momento! ¡No os marchéis! (Vase detrás.)

ESCENA IX

LUCAS

¡Y yo creía que los ángeles eran siempre jóvenes y guapos! De todos modos, mi señor le halló al fin, que es lo que deseaba. En cambio, mi porvenir es horrible. ¡Calabazas! ¡Á mi edad! No quiero pensar en ello. ¡Pero, sí! ¡Quiero pensar! Voy á hacerlo en ese pabellón. (Entra en el pabellón.)

ESCENA X

ENRIQUE

¡Nada! No he podido alcanzarla. Se evaporó como una sombra. ¿Qué hacer? Ante todo, cumplir sus órdenes. Veamos. (Examinando el medallon.) ¡Calle! ¡El retrato de mi rival! Y aquí dentro... (Lo abre y saca un papel.) Los versos que me indicó mi protectora. (Leyendo.) «A la bella Lucinda.» ¿Lucinda? Así se llama la favorita del ministro. (Leo para sí.) ¡Ah! ¡Comprendo! ¡Su sobrino la corteja!

ESCENA XI

DICHO; DIEGO, por el foro de la izquierda.

DIEGO. ¡Allí está!

ENR. (¡Él es!)

DIEGO. Veo, caballerito, que habéis cumplido mis órdenes esperándome á pie firme.

ENR. ¿Qué tenéis que mandar?

DIEGO. Poca cosa. Que salgáis de aquí inmediatamente.

ENR. ¿Cómo? ¿No queréis que asista á vuestra boda?

DIEGO. ¡Basta de burlas, y acabemos!

ENR. ¡Lo siento en el alma! Pero supuesto que no me lo permitís, voy á obedeceros.

DIEGO. (¡Es un infeliz!)

ENR. Mas, antes, permitidme una pregunta: ¿Amáis la poesía? Debéis amarla, porque sois joven y estáis enamorado.

DIEGO. ¿Eh?

ENR. Yo pensaba leer unos versos durante la ceremonia, y os suplico que lo hagáis por mí. Son muy bonitos, y creo gustarán mucho. Sobre todo, á vuestro tío.

DIEGO. Gracias: guardarlos para otra ocasión.

ENR. Oidlos vos siquiera.

DIEGO. ¡Vaya, vaya! ¡No puedo detenerme! (Medio mutis.)

ENR. (Leyendo.) «A la bella Lucinda.»

DIEGO. (Quedando parado de repente.) ¿Eh?

ENR. «Si hablase este retrato,
te diría, ¡oh, mujer! cuánto te adoro.»

DIEGO. (Acercándose á Enrique.) (¡Canario, mis versos!)

ENR. Puesto que no queréis oir, me los guardo.

DIEGO. ¿A ver, á ver?

ENR. ¡Hola! ¿Vais mostrando interés? ¡Oh! la poesía y la música, domestican á las fieras.

DIEGO. ¡Pronto, seguid leyendo!

ENR. «Si hablase este retrato,
te diría, ¡oh, mujer! cuánto te adoro.
¿Por qué ese viejo imbécil, mentecato,
guarda el rico tesoro
que tu Diego ambiciona?»

DIEGO. ¡Basta! (¡Son mis versos! Los que guardé en el medallón que ayer me devolvió Lucinda.)

ENR. ¿El viejo imbécil y mentecato...?

DIEGO. ¡Mi tío, ya lo sé!

ENR. ¿Y este tu Diego que tanto se remonta...?

DIEGO. ¡Soy yo! ¡Digo, no! Digo... ¿cómo habéis obtenido ese medallón? Alguien me lo robó, sin duda. ¡Devolvedme eso en seguida!

ENR. ¿Sin condiciones?

DIEGO. ¡De grado, ó por fuerza!

ENR. ¿Sabéis que si esta joya cayese en poder de vuestro tío, su venganza sería espantosa?

DIEGO. ¡Pero vos no os atreveréis!...

ENR. ¿Y por qué no? ¿Acaso no os habéis atrevido vos á quitarme la novia?

DIEGO. ¡Vive Cristo!

ENR. Todo puede arreglarse. Renunciad á la boda, y rompo los versos.

DIEGO. ¡Nunca!

ENR. ¿No? Voy á ver al ministro.

DIEGO. ¡Caballero!

ESCENA XII

DICHOS; EL CONDE, por el foro de la izquierda.

CONDE. ¡Já, já, já!

DIEGO. ¡Silencio! ¡Ni una palabra delante del Conde!

CONDE. ¡Es lo más chistoso, lo más original!...

DIEGO. ¿Qué ocurre?

CONDE. ¿No sabéis la noticia? ¡Pues si ha caído como una bomba en el salón!

DIEGO. ¿Qué noticia?

CONDE. La que acaba de comunicar á vuestro amado tío, uno de sus más listos sabuesos, já, já! ¡Lo más chistoso del mundo! Que la bella Lucinda... ya sabéis, la protegida de Castrillo...

DIEGO. (¿Qué?)

ENR. ¡Seguid!

CONDE. Se escapó anoche de Madrid con un oficial de la guardia.

DIEGO. ¿Eh?

ENR. (¡Demonio!)

CONDE. Teniendo la osadía de remitir al ministro una carta de despedida, en la cual le manda la lista de sus adoradores, ¡já, já! Y, á propósito, no me habíais dicho nada: vos figuráis con el número catorce.

DIEGO. ¡Aprieta! Luego, entonces, sabe mi tío que yo...

CONDE. ¡Ya lo creo! Y esto le hizo reir muchísimo.

DIEGO. ¿Le hizo reir?

ENR. (¡Malhaya la ocurrencia!)

CONDE. Buscad á mi sobrino, me dijo ahora el señor Conde, y dadle el pésame de mi parte.

DIEGO. (A Enrique.) Pésame que yo os transmito, mi apuesto doncel.

ENR. ¿Á mí?

DIEGO. Mandad los versos cuando queráis. No romperán ellos mi boda.

CONDE. ¡Eh! ¿Romper vuestra boda? ¿Quién osará atreverse...?

ENR. ¡Yo! Para qué negarlo.

CONDE. ¡Vive el cielo! ¡Si no me contuviese la...!

ENR. ¿El qué? ¡Vamos á ver!

CONDE ¡Nada! ¡Ya estoy dominado!

DIEGO. Si en el término de cinco minutos, no habéis tomado la puerta, os echarán mis criados de palacio.

CONDE. Lo mismo digo.

ENR. (¡Oh, rabia!)

DIEGO. Decididamente, debéis volver al Seminario.

CONDE. ¡Justo! ¡Volved al Seminario!

LOS DOS. ¡Já, já, já! (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA XIII

ENRIQUE; después ROSA

ENR. ¡Vencido! ¡Humillado! (Se sienta en el banco.) ¡Tengo que marcharme si no quiero que los criados me arrojen! ¡Mi ángel bueno me abandona!

ROSA. (Asomándose á la ventana del pabellón.) Todavía, no. (Desaparece, y la cierra.)

ENR. (Levantándose.) ¡Esa voz! ¡No hay duda! ¡Salió del pabellón! ¡Al fin voy á saber...! (Abre la puerta.) ¡Qué obscuridad! ¡Pero, allá en el fondo se distingue una forma humana! ¡Mi ángel debe ser! (Entra en el pabellón y saca á Lucas de la mano. Éste sale medio dormido.)

ESCENA XIV

ENRIQUE y LUCAS

ENR. ¡Salid! ¡Al cabo puedo demostraros la...! ¡Lucas! ¡Dios mío! ¿Eras tú?

LUCAS. ¡Qué sueño tan pesado!

ENR. ¡Y yo tan torpe que no lo adiviné!

LUCAS. ¿Cómo?

ENR. ¡Tú eres mi ángel!

LUCAS. ¿Yo?

ENR. (Abrazándole entusiasmado.) ¡Ángel de mis entrañas!

LUCAS. ¡Jesucristo! ¡Se ha vuelto loco!

ENR. ¿Lo niegas?

LUCAS. Pero, señor, ¿creéis que puedo ser ángel con esta cara?

ENR. Entonces, ¿quién ha entrado allí?

LUCAS. Lo ignoro. Yo dormía á pierna suelta. Habrán entrado por la chimenea... ó por la otra ventana.

ENR. ¡Aguarda! (Fijándose en el sombrero de Lucas.) ¿Qué papel es ese que llevas en el sombrero?

LUCAS. ¿Yo? (Se lo quita, y ve una carta que se halla dentro de la

cinta.) Pues, es verdad. (Leyendo el sobre.) «Para Juan Pacheco.»

ENR. ¿Juan Pacheco? ¡Mi hermano! Dame, dame. (Abre y lee.) «Disponed de cuanto dinero necesitéis para dar el golpe. Es preciso que el tirano Castrillo caiga del poder. Trabajemos todos por don Juan de Austria.—El Conde de Cifuentes.» ¡Gran Dios! ¡El Conde conspirando en otro tiempo contra el ministro que le protege!

LUCAS. ¡Ah, grandísimo pillo!

ENR. ¡Y en mi poder, la prueba de su traición!

LUCAS. ¿Pero cómo ha brotado de mi sombrero?

ENR. ¡Es mi ángel, Lucas! ¡Mi ángel quien la envió!

LUCAS. ¡Caba! ¡Y yo he sido el correo!

ENR. ¡Chist! Hacia aquí se dirigen todos. Sin duda vienen á arrojarme á la calle como me han prometido.

LUCAS. ¿Y qué pensáis hacer?

ENR. Divertirme un rato. Entra en el pabellón y observa desde allí.

LUCAS. Corriente. Nos divertiremos. (Entra en el pabellón, y á poco aparece en la ventana.)

ESCENA XV

DICHOS; EL CONDE y CORO DE HOMBRES

MÚSICA

CONDE. Allí está... No se fué.
CORO. Pues le haremos partir.
CONDE. Y de grado ó por fuerza,
lo echaremos de aquí.
ENR. Señor Conde, bien venido.
CONDE. Vuestra audacia es singular;
ahora mismo, y sin tardanza
de este sitio, salid ya.
CORO. Evitadnos la violencia.

CONDE. No insultéis mi autoridad.
ENR. Voy al punto á complaceros.
Permitidme que, al marchar,
una historia cuente al Conde
de infinita gravedad.
TODOS. ¿Una historia?
ENR. Seré breve,
yo os lo juro.
TODOS. Despachad.

I

ENR. «Érase un monarca
y érase un privado,
y érase un infante
pobre y desterrado.
No diré los nombres
por no divagar;
pero si es preciso,
luégo se dirán.
TODOS. ¿Qué querrá decir?
¿Qué diablo será?
ENR. Esta historia tiene
mucho que contar.

II

Érase el privado
un Conde... ¿Lo digo?
que contra el monarca
fraguó su delito.
Y en pro del infante
falaz conspiró,
guardando en su pecho
constante ambición.
CONDE. (¡Zape! Habla de mí;
eso claro está.)
ENR. Esta historia tiene
mucho que contar.

Érase una carta
que escribió el privado,
ofreciendo en ella
armas y caballos.
Carta que yo tengo
por extraño azar,
y que al buen Castrillo
puedo al punto dar.

CONDE. (¡Demonio!) ¿Y esa carta?

ENR. (Mostrándosela.)
Aquí la podéis ver.

CONDE. (¡La que escribí á su hermano!)

CORO. ¿Qué dice ese papel?

ENR. ¿Me marcho? Pues la leo.

CONDE. No, no. No hay para qué.

ENR. Entonces, no me marcho.

CONDE. (¡Me ha preso entre la red;
como hable, soy perdido:
no hay medio de vencer!)
Queridísimo Pacheco,
un abrazo, ¡vive Dios!
Todo ha sido pura broma:
¿quién en serio lo tomó?

CORO. No comprendo lo que pasa,
ni la historia entiendo bien.

CONDE ¡Abrazadle! ¡Fué una broma!
No ofendamos su altivez. (Abrazándole)
Queridísimo Pacheco,
en mis brazos, y apretad,
apretad.
(¡Si pudiera reventarle,
cielos, qué felicidad!)

ENR. Señor Conde de Cifuentes,
agradezco la bondad;
y pues todo fué una broma,
como broma ha de pasar.

—

CONDE. Dadle todos pruebas
de vuestra amistad.

CORO. Ya que así lo quiere,
no hay que vacilar.

(Le abrazan con efusión.)

Queridísimo Pacheco,
en mis brazos, y apretad,
apretad.
Porque todo fué una broma,
según logro adivinar.
Apretad, apretad,
apretad, apretad.

HABLADO

CONDE. (A Enrique, aparte.) ¡Devolvedme esa carta!

ENR. Lo haré, si me concedéis la mano de vuestra hija.

CONDE. ¡Pero si va á casarse ahora mismo con otro!

ENR. Eso no me importa. Ó soy yo el marido, ó entrego al ministro esta prueba de vuestra traición.

CONDE. (¡Misericordia! ¡Me ahorcan, conozco á su excelencia!)

ENR. ¡Elegid!

CONDE. (¡Oh, qué idea!) Voy á hablar con Aurora. Aguardad un instante. (Alto.) Señores, volvamos al salón. Es preciso que todo el mundo ignore lo que aquí acaba de pasar. Repito que fué una broma. Este joven merece toda mi consideración. (¡Maldito sea!) Yo le profeso un gran afecto. (¡Así reviente!) Marchemos, marchemos. (Hay que recuperar esa carta á cualquier precio.) (Vanse por el foro de la izquierda.)

ESCENA XVI

ENRIQUE; luégo LUCAS

ENR. ¡Mi triunfo es seguro!

LUCAS. (Saliendo del pabellón.) ¡Já, já, já! ¡Bonita cara lleva!

ENR. ¿Lo escuchaste?

LUCAS. Todo.

ENR. ¡Hundiré á mi rival, y Aurora será mi esposa!

LUCAS. Gracias á vuestro ángel incógnito.

ENR. ¡Y no poderle pagar tantos favores!

LUCAS. ¡Bah! Los ángeles son desinteresados, y no practican la usura. Conque le recéis un Ave María, se quedará tan contento.

ESCENA XVII

DICHOS; EL CONDE, AURORA y DIEGO, aparecen por la izquierda, y se ocultan detrás de una estatua.

CONDE (Aparte á Aurora.) ¿Has comprendido bien, hija mia?

AURORA. Sí, papá.

CONDE. Pues, anda, no te detengas.

AURORA. (Tose.) ¡Ejém, ejém!

LUCAS. Ahí la tenéis.

ENR. ¡Aurora, márchate!

LUCAS. ¡Sed atrevido! ¡Eso les gusta mucho! (Vase.)

AURORA. (Disimulemos.)

DIEGO. (Al Conde. Permanecen ocultos.) ¿Queréis explicarme lo que esto significa?

CONDE. Ahora lo veréis. Tengo un plan. ¡Silencio!

ENR. ¡Cómo! ¿Vos aqui?

AURORA. Buscaba á mi padre, á quien no encuentro por ninguna parte.

ENR. ¡Ah! ¿No habéis hablado con él hace poco?

AURORA. ¡No tal! ¡Permitidme que vaya...!

ENR. Un momento. Ya que la casualidad nos reune en este sitio, donde podemos hablar sin testigos, dejadme deciros, una vez siquiera, que os amo, que os adoro. Que desde hace tres meses aliento sólo para vos, y que daria mi vida por una esperanza!

DIEGO. (Al Conde.) ¡La está enamorando!

CONDE. Mejor.

DIEGO. ¿Cómo mejor?

CONDE. ¡Silencio! ¡Tengo un plan!

AURORA. ¡Mucho ha cambiado el seminarista!

ENR. Sólo por obtener vuestro cariño. Perdonad si peco de orgulloso; pero creo valer hoy mucho más que vuestro antipático prometido.

DIEGO. (¡Ah, tunante!)

CONDE. (¡Quieto!)

ENR. Ese hombre, es indigno de vos.

DIEGO. (¿No veis cómo me insulta?)

CONDE. (¡Me alegro! ¡Me alegro!)

ENR. ¡Me parece imposible que le améis!

AURORA. ¿Amarle? (Suspirando.) ¡Ah!

ENR. ¿Qué decís?

AURORA. ¡Para qué ocultároslo! Hace tres meses consentí en esta boda, que hoy quisiera romper.

DIEGO. (¡Canario!)

CONDE. (¡Es el plan! ¡No hagáis caso!)

ENR. ¿Será cierto? ¿Y por qué consentir en sacrificaros?

AURORA. Por complacer á mi padre. Él es quien á ello me obliga.

ENR. En tal caso, bellísima Aurora, desterrad vuestro dolor. Os juro que poseo un talismán que obtendrá de vuestro padre todo cuanto yo quiera.

AURORA. ¿Un talismán?

ENR. ¿No me creéis?

AURORA. Y ese talismán...

ENR. Es sencillamente una carta.

CONDE. (¡Llegó el momento!) (Sale de puntillas, y se acerca poco á poco.)

AURORA. ¿Una carta?

ENR. Con ella triunfaremos.

AURORA. ¿No me engañáis?

ENR. (Sacando la carta.) ¡Aquí está!

CONDE. (Cogiéndola de improviso.) ¡Ah, libertino!

ENR. ¿Eh?

CONDE. ¿Ofrecéis á mi hija cartas amorosas?

ENR. ¡Señor conde!

CONDE. ¡Mirad el caso que hace de ellas! (La rompe.)

ENR. ¿Qué significa esto?

DIEGO. (Acercándose.) Castigar vuestra audacia, caballerito.

ENR. ¿Estábais ahí?

CONDE. ¡Bien jugado! ¡Bien jugado!

ENR. ¡Qué infame traición! (A Aurora.) ¿Y vos, sin duda, habéis sido cómplice? ¡Eso es indigno! ¡Yo me vengaré!

CONDE. Mientras tanto, seréis testigo de su boda.

ESCENA XVIII

DICHOS; ROSA, LUCAS y EL NOTARIO

ROSA. Aquí está el Notario.

CONDE. No puede llegar más á tiempo.

LUCAS. (¿Quién se casará al fin? ¿Mi amo ó el otro?)

CONDE. ¡Adelante, señor Notario! ¡Adelante, señores! ¡No perdamos un minuto! (Mientras ese hombre no se marche, estoy temblando de miedo.)

ESCENA XIX

DICHOS y CORO GENERAL

MÚSICA

ENR. Yo juro de esta afrenta
tomar fiera venganza.

LUCAS. (Sus ojos echan chispas;
no es él el que se casa.)

CORO. La ceremonia
va á comenzar,
y aquí el contrato
se firmará.

CONDE. Señor Notario,
podéis leer.

NOT. Voy en seguida.

ENR. (Cogiendo el contrato.)
¡Voto á Luzbel!
Há tres meses, vuestro ultraje
tuve necio que sufrir.
Ahora, insulto por insulto,
este ultraje os hago aquí. (Rompe el contrato.)

ROSA. (¡Justo cielo!)

CORO. ¡Qué imprudencia!

DIEGO. Su conducta es criminal.

CONDE. ¡Que le prendan al momento!

CORO. Que le prendan sin tardar.

ROSA. (¡Un recurso sólo queda!
¡La fortuna hay que probar!) (Vase por el foro.)

TODOS. ¡De tal audacia,
de insulto tal,
debe al momento
cuenta aquí dar!

DIEGO. La infamia de su torpe proceder,
pronto vengar airado yo sabré.
Fiera venganza
de esa asechanza,
juro que pronto tomaré,
y su torpe injuria
castigar sabré.

ENR. (Estoy perdido,
¡oh, Angel Guardián!
ven en mi auxilio.)

TODOS. ¡Llevadle!

ESCENA XX

DICHOS, MATEO y CONJURADOS; á poco, ROSA

Aparecen por el foro de la derecha con el mosquete á la cara, formando un numeroso y compacto grupo, que hace retroceder á los cortesanos.

MATEO. ¡Atrás!
El que se mueva,

sin remisión
pierde la vida.

CONDE. ¡Diablo, eso no!

MATEO. ¡Viva don Juan de Austria!
¡Abajo el opresor!
(A Enrique.)
Vos sois nuestro caudillo,
quien manda aquí sois vos.

ENR. Acepto con orgullo
tan alta distinción.
¡Abajo la regencia!
¡Luchemos, vive Dios!

MATEO. ¿Y de esta gente,
qué hemos de hacer?

ENR. ¡Aquí encerrados
les dejaréis!
Mas esta señorita (Por Aurora.)
me quiso antes burlar,
y es fuerza que un castigo
sufra, su deslealtad.
¡Llevadla prisionera!

DIEGO. ¿Llevársela? ¡Jamás!

MATEO. (Apuntando á Diego.)
¡Si dais un sólo paso,
la vida os costará!

ENR. ¡Venid á rescatarla
si la queréis casar!
¡Que Rosa os acompaña
segura su honra está!

AURORA. ¡Salvadme, padre mío!

DIEGO. ¡Mi amor te salvará!

(Lucas y Mateo se llevan á Aurora, seguida de Rosa. Los Conjurados contienen á sus enemigos, apuntando siempre con los mosquetes, y formando un cuadro lo más teatral posible, según el gusto, si lo tiene, del Director de escena.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Posada en las cercanías de Madrid. Al foro, izquierda, escalera rústica, que conduce á un granero, cuya puerta practicable tiene en el centro una mirilla ó agujero de regular tamaño. Puertas laterales. Ventana practicable á la derecha. El fondo, completamente abierto, viéndose una campiña alegre y pintoresca. A la derecha, en último término, un carro cargado de forraje.

ESCENA PRIMERA

JEROMO, PERICO, MOZOS y MOZAS, con sus trajes más lujosos.

Se celebra una boda, y todos cantan y bailan con la alegria que en tales casos se acostumbra.

MÚSICA

CORO.

Hoy es día de jolgorio,
pues se acaba de casar,
la muchacha más bonita
y más lista del lugar.
¡Anda, Perico—qué afortunado,
vaya una chica—que te has llevado!
¡Y vaya un cuerpo—y vaya un pie,
tan chiquitito—que no se ve!

(Todos se dirigen á una ventana del piso superior de la derecha, por la cual se asoma Casilda, saludando con la mano á todo el mundo.)

¡Casilda! ¡Desposada!
No te hagas esperar,
que aguarda tu marido
con ganas de bailar.
Baja al momento,
no tardes más;
pues eres de la fiesta
la parte principal.

(Óyese dentro toque de tambor. Todos quedan suspensos un instante. Casilda desaparece de la ventana.)

¡Silencio! ¿Qué ocurre?
Soldados serán.
¿Quién diablo aquí los trae?
¿Por qué vendrán?

ESCENA II

DICHOS; DIEGO, EL CONDE y SOLDADOS

DIEGO. En esta posada—descansar podemos.
¡Adentro, muchachos!
CONDE. ¡Muchachos, adentro!
DIEGO. ¿Un vaso de vino—quién puede servir?
JEROMO. ¡Al punto!
CORO. ¡En seguida!
DIEGO. ¡Gran fiesta hay aquí!
CORO. Celebramos una boda;
y, como es muy natural,
todo el mundo canta y baila,
y un poquito alegre está.
DIEGO. ¿Una boda? ¡Ilusión mía
que no logro realizar!
¿Quién es el novio?

CORO. (Empujando á Perico.)
¡Este mastuerzo!
DIEGO. ¿Quién es la novia?
CORO. ¡Ya bajará!
La más guapa y sandunguera
de las chicas del lugar.
DIEGO. ¡Por su ventura—quiero brindar!

I

Brindando por la novia
mi corazón se agita,
pues un recuerdo plácido
en él tomó ahora vida.
Recuerdo de una imagen
que siempre vive aquí,
y que por suerte mísera
há tiempo, ¡ay, Dios! perdí.

Bebed y alegráos,
cantad y reid;
las penas del alma
son hoy para mí.

II

Brindando por la novia
renace mi esperanza,
y el cielo de mi dicha
aquí el reflejo halla.
Feliz será la novia,
feliz será el doncel,
la dicha que les une,
mi dicha pudo ser.
Bebed y alegráos, etc.
TODOS. Bebed y alegraos,
cantad y reid;
las penas del alma
no existen aquí.

HABLADO

JEROMO. ¡Muchachos, pasad allá dentro! Dejemos descansar á estos señores. Luégo seguirá el baile.

CORO. Adentro, adentro. (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA III

EL CONDE, DIEGO, JEROMO y SOLDADOS

JEROMO. Es mi hija, señor. Mi hija Casilda, la que acaba de casarse con Perico. Un mozo, como un trinquete, sin agraviar á nadie.

DIEGO. Bien, bien. No os ocupéis de nosotros... Id con vuestros amigos.

JEROMO. Si necesitáis algo...

DIEGO. Os llamaremos, descuidad.

JEROMO. (Por fortuna, los otros están bien ocultos. Vienen persiguiéndoles, no hay duda. ¡Quiera Dios que no tengamos que sentir!) (Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA IV

DICHOS, menos JEROMO

CONDE. ¡Estoy derrengado! ¡Cada hueso es una punzada! ¡Hace ocho días que corremos de un lado á otro, en busca del infame Pacheco! ¡Yo no puedo más!

DIEGO. Tres veces hemos estado á punto de cogerle.

CONDE. Y las tres se escurrió como una anguila.

DIEGO. Los aldeanos de esta comarca, adictos todos á la causa que Pacheco defiende, le protegen y le ayudan. Pero poco he de poder, si hoy mismo no logro darle caza. Confidencias de origen seguro, afirman que Enrique y los suyos, merodean por esta campiña. Es preciso dar una gran batida al momento.

CONDE. ¡Para batidas están mis riñones!

DIEGO. ¡Se trata de rescatar á Auroral ¡De salvar á vuestra hija!

CONDE. ¡Ya lo sé! Pero mis años son muchos, y mis piernas poco.

DIEGO. ¿Qué pensáis hacer entonces?

CONDE. Pienso permanecer en esta posada mientras recorréis vosotros los alrededores. Si ocurre algo, avisadme, y si no ocurre nada, no me aviséis, porque estaré roncando como un bendito.

DIEGO. ¡Corriente! Reposad aquí algunas horas.

CONDE. (Mirando á la derecha.) ¡Allí distingo un lecho, que está diciendo tenderse! Voy á ocuparlo antes que me lo birlen.

DIEGO. De todos modos, luégo volveremos. ¡Adelante, muchachos!

CONDE. ¡Eso! ¡Adelante! ¡Y no os desaniméis! ¡La cabeza de Enrique Pacheco, pregonada por todo el reino, bien merece que se la busque! ¡Valor, y...! Voy á dormir un rato. (Vase por la primera de la deecha.)

DIEGO. ¡Marchemos! (Música en la orquesta.)

ESCENA V

JEROMO, LUCAS, MATEO y CORO DE CONJURADOS

Jeromo sale por la derecha. Mateo aparece por el granero en lo alto de la escalera. Lucas sale de la cueva, levantando una trampa á la izquierda del proscenio.

JEROMO. ¡Ya se alejan!

MATEO. ¿Todos?

JEROMO. Todos.

LUCAS. ¿No hay peligro?

JEROMO. Ninguno.

MATEO. Entonces, la señal. (Suena un silbido, y el resto del Coro sale entonces por difereates lados: de la cueva, del granero, etcétera. Todos armados con mosquetes, puñales, etcétera.)

JEROMO. ¡Mil mosquetes! ¡De buena hemos escapado!

LUCAS. Yo creí que nos cogían en la ratonera.

MATEO. Ya hubiéramos defendido el pellejo antes de entregarnos.

LUCAS. Naturalmente. Como que es el único traje que no puede uno quitarse.

JEROMO. Si os descubren, incendian la posada.

LUCAS. ¿Y qué? Nuestro capitán te la hubiera pagado.

MATEO. No hay que desmayar.

LUCAS. ¿Desmayar? Al contrario. Cada vez tengo más valor. Yo creí que era cobarde. El primer tiro me sobrecogió un poco, y el segundo también, eso sí; pero al llegar al quinto me volví un león, y eché á correr con una furia, capaz de devorar á cualquiera. ¿Y sabéis por qué me inflamo de este modo? ¡Por ella! Por vuestra ahijada. Por Rosa, que nos acompaña á todas partes, y á quien quiero más cada día.

MATEO. ¿La quieres mucho?

LUCAS. ¡Mucho! Y desde que he sabido lo que hizo por nuestro capitán, la adoro.

MATEO. ¡Silencio! Ya te he dicho que no quiere que se sepa. Si ella supiera que te había confiado su secreto, no me perdonaría.

LUCAS. ¡Perder cuidado! Seré una tumba.

MATEO. ¿Y nuestra prisionera?

JEROMO. En la mejor habitación de la posada. Rosa la acompaña. Ya lo sabéis.

LUCAS. ¡Y su papá que estuvo aquí hace un instante sin sospechar nada!

TODOS. ¡Já, já, já!

ESCENA VI

DICHOS; ROSA, por la primera puerta de la izquierda.

ROSA. ¿Qué decís? ¿Aquí su padre?

LUCAS. ¡Toma, toma! Y don Diego, y los Soldados...

MATEO. Por fortuna, uno de los nuestros nos avisó mucho antes que llegaran...

LUCAS. Y pudimos ocultarnos á tiempo.

ROSA. Pero, ¿se han marchado?

LUCAS. ¡Bah! Ya hace rato. Han ido á perseguirnos por esos mundos.

ROSA. ¡Dios mío! ¡Y Enrique salió esta mañana! ¡Si le hallaren, si cayese en poder de sus enemigos...!

MATEO. ¡Imposible!

LUCAS. ¿Prender á Enrique? Antes se los meriénda á todos.

ROSA. Sin embargo, es preciso saber...

JEROMO. (Bajando desde el foro.) ¡El capitán!

TODOS. ¡Ah!

LUCAS. ¿No os lo dije? ¡Pues bonito es el mozo!

ESCENA VII

DICHOS; ENRIQUE, por el foro.

MÚSICA

ENR. ¡Felices, muchachos!
TODOS. ¡Viva el capitán!
ENR. Noticias importantes
os tengo que dar.
TODOS. ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?
ENR. Que hoy mismo, ¡voto á cien!
don Juan, nuestro caudillo,
recobrará el poder.
TODOS. ¿Es cierto?
ENR. ¿Que si es cierto?
¡Pues vaya si lo es!

—

Por donde quiera
que va el infante,
el pueblo en masa
le aclama fiel.

Y la victoria
marcha delante,
rindiendo plazas
á su poder.
Lucida escolta
de caballeros,
sigue su paso,
con gran valor.
Y en aclamarle
son los primeros,
alzando al aire
rojo pendón.
Ya los Soldados
dudan, vacilan,
y por su causa
van á luchar.
Y ya sus armas
todos afilan,
para esgrimirlas
por su don Juan.

—

Esto sucede—no hay duda ya.
Madrid mañana—sucumbirá.

TODOS. Nueva dichosa.—No hay duda ya.
Hoy triunfaremos.—¡Viva don Juan!

HABLADO

ENR. No hay que perder momento. Es preciso que ocupe cada cual su puesto de honor.

LUCAS. Colocadme en el sitio más alto. Yo creí que no era valiente, pero lo soy.

ROSA. Hace poco don Diego y el Conde, seguidos de muchos Soldados, han entrado aquí.

MATEO. Pero los burlamos lindamente.

ROSA. Ahora recorren los contornos. Hay que estar prevenidos.

ENR. Nada temas. Mientras Aurora se halle en nuestro poder, nada intentarán contra nosotros. Tú, Mateo, colócate á la entrada del pueblo, y avísanos en cuanto descubras la vanguardia del infante. Tú, Lucas, á la puerta de la posada, por si don Diego vuelve otra vez con los suyos. Vosotros, ocultáos, y estad dispuestos para la primera señal. Hoy jugamos el todo por el todo.

LUCAS. ¡Ganaremos! ¡No hay cuidado!

MATEO. ¡Viva Enrique Pacheco!

TODOS. ¡Viva! (Vanse. Música.)

ESCENA VIII

ENRIQUE y ROSA

ROSA. Y yo, señor, ¿cuál es el puesto que debo ocupar?

ENR. Tú, Rosa, á mi lado. No quiero que te separes de mí. ¡Yo velaré por esa vida que te empeñas en sacrificarme!

ROSA. ¿Mi vida? ¿Qué vale mi vida comparada con la vuestra?

ENR. Vale mil veces más, puesto que ninguna ambición te domina, ni para exponerla te guía otro sentimiento que el de la amistad. Óyeme, Rosa. Hace tres días que vivimos entre el peligro y el deber. Perseguidos por unos, amparados por nuestros amigos, riñendo escaramuzas y burlando reveses, sin que tus labios se hayan quejado una sola vez, ni una sola vez haya desmayado tu corazón. Y al contemplar tu arrojo, tu denuedo, tu cariño hacia mí, no sé qué afecto misterioso brota en el alma, ni qué clase de dulce sentimiento la invade cuando, como ahora, te miro frente á frente.

ROSA. ¿Qué decís?

MÚSICA

ENR. ¿Sabes, Rosa, vida mía,
que más bella cada día
me parece tu persona?

¡Por qué tanta simpatía
mis sentidos aprisiona!

ROSA. Yo no sé por qué será.
¡Oh, señor, dejadme ya!

ENR. ¿Sabes, niña, que tus ojos
y tus labios, siempre rojos,
en mi pecho dulcemente,
ahora mismo mil antojos
despertaron de repente?

ROSA. Yo no sé por qué será.
¡Oh, señor, dejadme ya!

ENR. ¡No te dejo, ven acá;
yo no sé por qué será!

—

LOS DOS. ¿Por qué mi alma entera
conmueve y altera?
¿Qué causa produce
tan grata ilusión?
¿Por qué su mirada
me turba y me agrada?
¿Por qué estos latidos
me da el corazón?

—

ROSA. Su voz mi alma entera
conmueve y altera,
y el alma renace,
con dulce ilusión.
Su tierna mirada
me turba y agrada,
y fuertes latidos
me da el corazón.

—

ENR. ¿Sabes, Rosa, que te miro,
y, al mirarte, así suspiro
sin saber lo que me pasa,
y esta mano que hoy admiro
quema tanto, que me abrasa?

ROSA. Yo no sé por qué será.
¡Oh, señor, dejadme ya!

ENR. ¿Sabes, niña, que por eso
de mis labios sale un beso,
que tu mano busca ansioso,
y al no dártele, confieso
que jamás tendré reposo? (La besa.)

ROSA. ¡No beséis, dejadme ya;
basta, basta, bien está!

ENR. ¡No te dejo, ven acá;
ya sé yo lo que será!

—

LOS DOS. ¿Por qué mi alma entera? etc.
Su voz mi alma entera, etc.

ESCENA IX

DICHOS y EL CONDE

HABLADO

CONDE. ¡No puedo conciliar el sueño! ¡Esa maldita cama es de piedra berroqueña!

ENR. (Volviéndose.) ¡Qué miro!

CONDE. ¡María Santísima!

ROSA. ¡El señor Conde!

ENR. ¿Vos aquí?

CONDE. (¡Caí en la ratonera! ¡Van á degollarme!) ¡No! ¡Digo, sí! ¡No sé lo que digo!

ENR. ¿Sin duda os ocultábais para espiarnos?

CONDE. ¡Os juro que no! ¿Yo un espía? Sólo al pensarlo, se sublevan mis nervios, y...

ENR. ¡Basta!

CONDE. Ya estoy dominado.

ENR. Entonces, ¿qué buscáis? ¿Por qué estáis aquí?

CONDE. Buscaba, la...

ENR. A vuestra hija, ¿no es verdad?

CONDE. ¡Eso; á mi hija! Eso busco hace tres días.

ENR. ¿Y deseábais hablarme para tratar de su rescate?

CONDE. ¡Cabal! (No me ocurrió tal cosa.) ¡Pero qué penetración!

ENR. ¿Cuánto ofrecéis por ella?

CONDE. ¿Por mi hija? Cuanto poseo: todo. (Así, de golpe.)

ENR. (A Rosa.) Ve en busca de Aurora, y condúcela aquí. (Vase Rosa por la primera puerta de la izquierda.)

CONDE. (¡A que me coge la palabra!)

ENR. No tenéis que hacer sacrificio alguno. Lleváos á vuestra hija.

CONDE. ¿De balde?

ENR. Ya es libre desde ahora.

CONDE. ¡Oh, magnanimidad!

ENR. ¡Así se venga Enrique Pacheco del Conde de Cifuentes! (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA X

EL CONDE; luégo ROSA y AURORA, por el foro de la izquierda

CONDE. ¡Oh, gran señor! Acabáis de probarme que... ¡Me la devuelve gratis! ¡Y hasta parece que me la devuelve con gusto! ¡Uf! ¡Sudo como un pollo!

ROSA. Allí tenéis á vuestro padre. (Vase por la derecha.)

AURORA. ¡Padre mío!

CONDE. ¡Hija de mi corazón! ¡Hija mía de mi alma! Responde, responde en seguida. ¿Qué te ha ocurrido durante estos tres días? ¡Dímelo todo, absolutamente todo! ¿Fuíste acaso víctima de alguna asechanza cruel?

AURORA. ¿Yo? ¡Al contrario!

CONDE. ¿Eh?

AURORA. Me han tratado con el mayor respeto, con la más alta consideración.

CONDE. ¿De veras? (¡Ay! ¡Respiremos!)

AURORA. Yo temí que Enrique quisiera vengar mis repetidos ultrajes, encerrándome en negra prisión y obligándo-

me á sufrir mil penalidades; pero lejos de eso, su conducta no pudo ser más noble ni más delicada. Es un joven dignísimo, valiente y de gran corazón.

CONDE. (¡Á que se ha enamorado de él ahora!) ¡Bien, bien! Más vale así. Lo importante, es marcharnos en seguida. Tu futuro anda buscándote como un loco por esos contornos.

AURORA. ¿Marcharnos?

CONDE. Sí. Ya eres libre. ¡Andando!

AURORA. Gracias, papá. Yo no salgo de aquí.

CONDE. (¡Dios mío! ¡Me lo figuraba!) ¿Por qué razón?

AURORA. Porque ni vos ni yo debemos abandonar hoy á Enrique Pacheco.

CONDE. ¡Parece mentira! ¡Interesarse así por un aventurero, por un conspirador condenado á muerte!

AURORA. Ese aventurero, ese conspirador será dentro de algunas horas señor poderosísimo, y entrará triunfante en Madrid.

CONDE. ¡Eh! ¿Cómo es eso?

AURORA. Don Juan se acerca con sus partidarios. Todos le aclaman. Hoy mismo derribará á la regencia, y ocupará el poder.

CONDE. ¡Entonces, mañana no seré Consejero!

AURORA. Ni Consejero, ni nada.

CONDE. ¡Quedémonos, hija mía! ¡La prudencia más elemental lo está aconsejando! ¡Ya sabes que siempre fuí partidario de don Juan! ¡Le quiero con delirio! ¡Y se lo probaré! ¡Ya lo creo! Si abandoné su causa, fué sencillamente porque le creí hundido; pero desde el instante que vuelve á triunfar, renace mi entusiasmo. Esto le pasa á cualquiera. (Suena un tiro.) ¡Caracoles!

AURORA. ¿Qué ocurre?

ESCENA XI

DICHOS; ENRIQUE y CORO DE CONSPIRADORES, por la segunda de la derecha.

ENR. ¿Es una señal? El enemigo, sin duda.

CONDE. ¿El enemigo? ¿Cuál? Porque ya no sé quién es el mío.

ENR. ¡Pronto! Conducid á esta joven á sitio seguro. (Vase Aurora por el foro de la izquierda.)

CONDE. Yo me voy con ella.

ENR. ¡Aguardad! Encerradme al señor Conde arriba en el granero.

CONDE. ¡Encerrarme á mí! ¡A mí, que tanto os admiro y que tanto os amo! Yo combatiré también á vuestro lado. Yo os probaré ahora mismo... (Suenan varios tiros.) ¡Creo qne deben encerrarme! ¡Si! ¡Que me encierren en seguida! (Subiendo á escape al granero.) ¡Y echad bien el cerrojo! ¡Mirad, que soy capaz de lanzarme á la brecha! ¡Viva don Juan de Austria! (Le encierran en el granero.)

ESCENA XII

DICHOS y LUCAS; JEROMO y CONSPIRADORES, por el foro; ROSA, por la segunda de la derecha.

LUCAS. ¡Capitán, capitán! Los Soldados de Castrillo, mandados por don Diego, cercan la posada.

ENR. ¡Mil bombas! ¿Así os dejáis sorprender?

CONDE. (Asomando la cabeza por la mirilla de la puerta.) (¿Qué ocurrirá?)

LUCAS. ¿Qué hacemos?

JEROMO. Ante todo, ganar tiempo. (Á Enrique.) Subid y ocultáos en cualquier parte.

ENR. (¡Oh, ángel mío! ¡Sálvame una vez más!) (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ROSA. ¡Se me ocurre una idea!

TODOS. ¡Habla! (Rodeándola y con mucho interés.)

ROSA. La hija de Jeromo, celebra aqui su boda. Que Enrique

ocupe el puesto de la novia, y que don Diego nos halle bailando y celebrando el casorio.

LUCAS. Pues, ¡es verdad! De ese modo podrá escurrirse sin que nadie sospeche.

JEROMO. Pero, ¿y el traje?

ROSA. El de vuestra hija, que permanecerá oculta en su habitación.

CONDE. (¡Hola, hola, hola!)

JEROMO. Corriente. Voy á prevenir á todo el mundo. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

ROSA y LUCAS; EL CONDE, asomado á la mirilla, y CONSPIRADORES

ROSA. Es preciso salvarle.

LUCAS. ¡Como que si le pescan, le ahorcan en un verbo! ¡Bonito es don Diego, y buen animal está el Conde!

CONDE. (¡Ah, tunante!)

LUCAS. ¡Tengo unas ganas de retorcerle el cuello!

CONDE. (¡Hombre, qué gracia!)

ROSA. ¡Silencio! (Va al foro.)

LUCAS. ¿Son los Soldados?

ROSA. Todavía no.

ESCENA XIV

DICHOS; JEROMO, y CORO GENERAL

JEROMO. ¡Pronto! ¡Venid corriendo! ¡Ya están avisados!

ROSA. ¿Sabéis de lo que se trata?

TODOS. Sí, sí.

ROSA. ¡Mucha serenidad! ¡Vosotros en baile! Lucas y yo, tenemos que ocultarnos, porque don Diego nos reconocería, pero estaremos en acecho y dispuestos á prestaros ayuda. ¡Sígueme! (A Lucas.)

LUCAS. Eso estoy haciendo toda la vida. (Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XV

DICHOS, menos ROSA y LUCAS

JEROMO. ¡Viva la novia!
TODOS. ¡Viva!
JEROMO. ¡A bailar, á divertirse! (Bajo.) y mucho ojo con los Soldados.

MUSICA

CORO. ¡Bailad, bailad, no sosegad,
y siga la fiesta con dulce placer;
la boda cantemos y aquí celebremos
del novio la dicha, que eterna ha de ser!

ESCENA XVI

DICHOS, DIEGO y SOLDADOS

DIEGO. ¿Qué algazara es esta?
CORO. ¡Ya lo hemos contado:
la bella Casilda
hoy emparentó,
y todos alegres
por su nuevo estado,
celebran su dicha
que bendiga Dios!
DIEGO. (¿Será una farsa?)
vamos á ver.
¿En dónde está esa novia?
¿en dónde su doncel?
CORO. (Llamando.)
¡Casilda! ¡Casilda¡
¡Perico! ¡Perico!
salid sin tardanza,
salid sin temor.

ESCENA XVII

DICHOS; ENRIQUE, vestido de novia, y PERICO

ENR. Aquí estamos todos,
prosiga la danza.

JEROMO. (A Diego.) ¿Ya disteis la vuelta,
mi noble señor?

DIEGO. ¿Es esta la novia?

ENR. La novia soy yo.

DIEGO. (¿Qué miro?)

ENR. (¡Se turba!)

DIEGO. (¡Es él, vive Dios,
su rostro es el mismo!)

ENR. (¡Mostremos valor!)
¿Por qué mirarme
con tal fijeza?

DIEGO. (¡Quizás me engañe;
tendré prudencia!)
Admiro de ese rostro
la gracia que noté.
Lo estrecho de ese talle,
lo chico de ese pie;
y dudo lo que dudo,
y qué pensar no sé;
pues ser puede una cosa,
y puede al fin no ser.

CONDE. (Asomado á la mirilla.)
(Que tú eres un bolonio,
¡eso sí que lo es!)

DIEGO. Seguid vuestra fiesta,
que cante la novia.

ENR. (Cantar es preciso.)
Con gusto lo haré.

DIEGO. (¡Audacia increible;
es ella, no es él;
de todas maneras,
en guardia estaré!)

I

ENR. La mujer que no se casa,
no se puede resistir;
pues la vida entera pasa
dando á todos que decir.
El casarse es cosa llana,
y un marido hay que pescar,
y si el pez nos sale rana,
nos tenemos que aguantar.
¡Ay, mi serranito,
ya estoy muy contenta!
Con mi maridito
me salió la cuenta.
Pues si lo he hechizado
con mis labios rojos,
él me ha enamorado
con sus negros ojos.
CORO. ¡Ay, mi serranito, etc.!

II

ENR. Suele ser el matrimonio,
según dice cada cual,
ó una vida del demonio,
ó una dicha celestial.
Yo no sé la que me espera,
mas mi suerte quiero ver;
pues mejor que estar soltera,
casadita quiero ser.
¡Ay, mi serranito, etc., etc.!

HABLADO

JEROMO. ¡Vaya, vaya! Basta de bailoteo, que se hace tarde y los novios tienen que marcharse á su casa.
DIEGO. ¿Marcharse los novios? ¡Imposible!
JEROMO. ¿Cómo imposible?

DIEGO. ¡De aquí no sale nadie hasta nueva orden!

ENR. ¿Y con qué derecho nos lo impedís?

DIEGO. ¿Eh?

ENR. (Muy amable.) Digo, señor, que debéis hacer una excepción en favor nuestro.

DIEGO. Aguardad un instante. Vamos á registrar la posada. Hay quien afirma que aquí se halla oculto Enrique Pacheco.

ENR. ¿Qué decís? ¿Pacheco? ¿Ese conspirador? ¿Ese grandísimo tunante? ¿Ocultarse en la posada?

JEROMO. ¡Imposible! ¡No lo creáis!

ENR. Registremos todos. Auxiliemos á los Soldados del rey. Si Pacheco se halla oculto, sufrirá su castigo. (Yo salgo, aunque sea por el tejado.)

JEROMO. ¡Sí! ¡Sí! ¡A registrarlo todo!

TODOS. ¡Registremos! (Echan á correr por la derecha.)

ESCENA XVIII

DIEGO, EL CONDE y SOLDADOS

DIEGO. ¡Poco á poco! ¡Aguardad! ¡Yo mismo voy á acompañaros!

CONDE. (En la mirilla.) ¡Queridísimo yerno!

DIEGO. ¿Eh?

CONDE. ¡Abrid aquí!

DIEGO. (Mirando.) ¿Dónde estáis?

CONDE. ¡En esta ratonera!

DIEGO. ¡Calla! ¡Pues es verdad!

CONDE. ¡Abrid pronto!

DIEGO. ¡Le han encerrado! (Abre: el Conde sale lleno de paja.)

CONDE. ¡Apresuráos!

DIEGO. ¡Ya está! ¿Qué hacías ahi dentro!

CONDE. ¡Chist! (Bajan.) ¡Silencio!

DIEGO. ¿Qué ocurre?

CONDE. ¡Cosas gordas! ¡Se asegura que don Juan de Austria entrará hoy en Madrid!

DIEGO. ¡Qué disparate! Don Juan ha sido preso de nuevo á estas horas, y va camino del destierro.

CONDE. ¿Estáis seguro?

DIEGO. ¡Segurísimo!

CONDE. Entonces, no tengo por qué callar. Oidme bien.

DIEGO Ya oigo.

ROSA. (Saliendo y escuchando, oculta.) (¡Qué hablarán!)

LUCAS. (Asomando la cabeza por el carro.) (¡Si pudiera enterarme!)

CONDE. ¡Sois un mentecato!

DIEGO. ¿Eh?

CONDE. ¡Un torpe, un inocentón! ¡Esa novia, no es tal novia!

DIEGO. ¡Me lo figuraba! ¿Es Enrique?

CONDE. ¡El mismo!

LUCAS. (¡Sopla!) (Esconde la cabeza.)

ROSA. (¡Ah, viejo tuno!)

CONDE. ¡Y esos Convidados, sus partidarios! ¡Y esta posada, una madriguera de pillos! ¡Y en la madriguera, vuestra futura!

DIEGO. ¿Aurora?

CONDE. ¡Cabalito!

DIEGO. ¿Dónde se halla? ¡Voy á pegar fuego á la casa!

LUCAS. (¡Qué bárbaro!)

CONDE. ¡Aguardad! ¡Tengo un plan soberbio!

DIEGO. ¿Otro? Sois el hombre de los planes.

CONDE. Mientras buscáis á Aurora, yo me apodero de Enrique.

DIEGO. ¿De qué manera?

CONDE. Muy sencillo. ¿No querían irse de aquí los novios? Bueno. Pues doy permiso en vuestro nombre para que se marchen.

DIEGO. ¿Eh?

CONDE. ¡Chist! Tengo escondidos allí á los Soldados, y en cuanto Enrique asome por la puerta, le echan el guante, y sin que se entere nadie, lo conducen á Madrid, codo con codo.

ROSA. (¡Bueno es saberlo!) (Vase.)

CONDE. ¿Qué tal?

DIEGO. ¡Sois un gran estratégico!

CONDE. No puedo negarlo. Aurora debe hallarse en una de aquellas habitaciones. ¡Corred en su busca y conducidla aquí mientras yo cojo al otro.

DIEGO. ¡Apresuráos! (Vase por la primera de la izquierda.)

CONDE. Así evito que haya gresca y que pueda tocarme alguna china. Voy por los Soldados. (Vase por el foro.)

LUCAS. (Asomando la cabeza.) ¡No hay duda! ¡Mi pobre amo va á caer en la trampa! ¡Si yo pudiera avisarle!... (Ve salir al Conde.)

CONDE. (Desde fuera.) ¡Entrad por aquí!

LUCAS. (Escondiéndose.) ¡Demonio!

ESCENA XIX

LUCAS, EL CONDE y cuatro SOLDADOS

CONDE. Oidme bien. (Bajo.) Vais á prestar un servicio de gran importancia. Ya habréis visto hace poco á esos novios, que celebraban aquí una fiesta. Bueno. Pues voy á dar orden para que se marchen. En cuanto asomen por allí, los cogéis presos, y sin ruido ni alboroto, los lleváis á la carretera, en donde estaré yo con el resto de la fuerza. (Sí. Es mejor irse á la carretera. Si ocurre algo, puedo echar á correr por todas partes.) ¡Prudencia y decisión! ¡La novia es la que más importa! Porque... sabedlo de una vez. ¡La novia, es Pacheco!

TODOS. ¡Pacheco!

CONDE. ¡Sí! Se disfrazó de mujer para burlarnos y poder escapar. ¿La recordáis bien?

SOLD. 1.° Pues, ¡ya lo creo! Como que iba vestida de blanco.

CONDE. ¡Caba!!

SOLD. 1.° No se me despintará.

CONDE. Nada de alboroto, ¿eh? Ocultáos allí, que voy en seguida á llamarlos. (Los Soldados se ocultan en el foro de la izquierda.) ¡De esta vez, triunfo completo!

ESCENA XX

DICHOS; JEROMO, por la segunda de la derecha.

JEROMO. ¡Señor! ¡Señor!

CONDE. ¿Qué quieres?

JEROMO. Que hemos registrado la posada, y que no hay ni señales de ese traidor que buscaban.

CONDE. Ni señales, ¿eh? (¡Valiente tuno estás!)

JEROMO. Y los novios desean irse á su casa. Porque... en fin... como se han casado esta mañana... ya comprenderéis...

CONDE. (¡Él mismo se entrega!) Bueno. Que se marchen. Pero ellos solos, ¿eh? Los demás quedarán aquí.

JEROMO. ¡Corriente!

CONDE. Voy á dar orden para que los Soldados no los detengan.

JEROMO. (¡Oh, fortuna!)

CONDE. ¡Que se marchen! ¡Su afán es muy natural! ¡Pobrecitos! (Vase por el foro.)

JEROMO. (Corre al foro. Observa, y se acerca rápidamente á la segunda puerta de la derecha.) ¡Salid, capitán, y marchad á escape!

ESCENA XXI

DICHOS; ROSA, vestida con el traje blanco de novia igual al de Enrique.

ROSA. ¿No hay nadie? ¿Estás seguro?

JEROMO. (Que mira al foro, sin reparar en ella.) ¡Nadie! ¡Escapad!

SOLD. 1.° (Salen á escena, y apuntan con los mosquetes.) ¡Alto!

ROSA. (Cubriéndose la cara con las manos.) ¡Ah!

JEROMO. (Cayendo al suelo asustado.) ¡Zape!

SOLD. 1.° ¡Al fin caiste en nuestro poder! ¡Pronto! ¡Prended á ese también! Y vos, (Á Rosa.) marchad delante.

SOLD. 2.° ¡Vamos! (Vase Rosa por el foro.)

JEROMO Pero, considerad que yo...

SOLD. 1.° Si chistas, hago fuego.

JEROMO. ¡No chisto! (Vase por el foro.)
SOLD. 1.° ¡Andando! (Idem.)

ESCENA XXII

LUCAS; luégo ENRIQUE

LUCAS. (Bajando del carro.) *Consumatum est.* ¡Amo mío de mi alma! ¡Amo mío de mi corazón! ¡Le cortan la cabeza sin remedio!
ENR. (De hombre.) ¿Por qué lloras, muchacho?
LUCAS. ¡Cristo bendito!
ENR. ¿Qué te pasa?
LUCAS. ¿Pero sois dos, ó sois uno?
ENR. ¿Qué quieres decir?
LUCAS. Que acaban de prenderos ahora mismo, delante de mis ojos.
ENR. ¿A mí?
LUCAS. Vestido de novia.
ENR. ¿Qué dices? ¿Han preso á la novia?
LUCAS. Hace un instante. Y á Jeromo también.
ENR. Entonces... ¡Sí! ¡Sí! Por eso subió hace poco Rosa ha decirme que me habían descubierto, y se llevó mi disfraz.
LUCAS. ¿Cómo? ¿Fué Rosa?
ENR. Y ha ocupado mi puesto para salvarme.
LUCAS. ¡Sí! ¡Ella fué! ¡Vuestro Angel de la Guarda! (¡Uf! ¡Se me escapó!)
ENR. ¿Qué oigo? ¿Mi ángel?
LUCAS. ¡Perdón, señor! ¡Yo no quería decirlo!
ENR. ¡Responde! ¡Aquella sombra que apareció ante mis ojos en la alquería...!
LUCAS. ¡Era ella!
ENR. ¡El dinero que recibí...!
LUCAS. ¡Su dote íntegra!
ENR. ¡La gitana que me dió el medallón...!
LUCAS. ¡Ella! ¡Siempre ella! Lo sé por su padrino, á quien se lo había confiado, pero juré callarme.

ENR. ¡Era Rosa! ¡Rosa! ¡Y yo sin sospecharlo!

LUCAS. ¡Sin adivinar su pasión!

ENR. ¿Qué dices? ¿Rosa me ama?

LUCAS. ¡Toma, toma! ¡Pues eso es lo que á mí me revienta!

ENR. ¿Es posible?

LUCAS. ¿Que me reviente? ¡Ya lo creo!

ENR. ¡No, no! Que ella me quiera.

LUCAS. ¡Y tan posible! También me lo dijo el padrino. Me ha dado ese hombre unas noticias, que ¡ya, ya!

ENR. ¡Es preciso rescatarla! ¡Corramos en su busca!

ESCENA XXIII

DICHOS; DIEGO y AURORA, por el foro de la izquierda.

DIEGO. Te aseguro que han debido prenderlo. Y estará camino de Madrid.

AURORA. ¿Cómo prenderlo? Mírale. (Señalando á Enrique.)

ENR. ¡Oh!

DIEGO. ¿Él otra vez? ¡Soldados! (Llamando.)

LUCAS. (¡Sí! ¡Llama á los soldaditos!) (Gran ruido fuera.)

ENR. ¿Quién grita?

DIEGO. ¿Qué puede ocurrir?

ESCENA XXIV

DICHOS; EL CONDE, sale corriendo con el traje en desorden.

CONDE. ¡Favor! ¡Socorro! ¡Que me metan en el granero!

AURORA. ¡Padre mío!

DIEGO. ¿Qué tenéis?

CONDE. ¡Pues, nada! ¡Que acabamos de tropezar con la vanguardia del infante, que, á escape y triunfador, se dirige á la Corte! Nuestros Soldados se han unido á los otros, gritando: ¡Viva don Juan! Y yo he vuelto aquí, corriendo como un gamo, para librar el pellejo.

DIEGO. Pero, ¿no llevábais preso al gran caudillo? ¿Al invicto Pacheco?

CONDE. ¡Eso creía yo! ¡Pero me han dado gato por liebre!

LUCAS. ¡Aquí están! ¡Nuestros amigos! ¡Y Rosa también! ¡Viva el capitán! (Voces fuera.) ¡Viva!

ESCENA XXV

DICHOS; MATEO y ROSA; SOLDADOS, ALDEANOS y CORO GENERAL

ENR. ¡La victoria es completa!

CONDE. (Dando la mano á Enrique.) ¡Que sea enhorabuena! ¡Ya sabía yo que triunfaríamos! ¡Aquí tenéis á vuestra esposa! (Por Aurora.)

ENR. ¡Gracias, señor Conde! Soy tan generoso, que renuncio decididamente á su mano.

CONDE. ¿Qué decís?

ENR. Digo, que me casaré con la única á quien amo, con la que sacrificó por mí su vida entera. Con mi querida Rosa.

ROSA. ¿Conmigo, señor?

ERN. ¡Con mi *Angel de la Guarda*!

LUCAS. ¿Se casa con ella? ¡Bueno! ¡Yo seré el padrino del primer angelito que se presente! ¡Debo sacrificarme también por la patria!

MUSICA

ENR.

Viéndote dichosa,
mi alma se contenta;
siendo tú mi esposa,
me salió la cuenta.
En estrecho lazo,
siempre viviremos;
y en eterno abrazo,
nos arrullaremos.
Hoy es el gran día,
de felicidad;
siga la alegría,
siga sin cesar.

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

¡No me siga usted! Comedia original en un acto.
El viejo Telémaco. Zarzuela original en dos actos.
Sensitiva. Zarzuela original en dos actos.
El violinista. Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. Comedia en un acto.
Descarga de artilleria. Comedia original en un acto.
Por huir del vecino. Juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola. Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. Zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano. Comedia original en un acto.
La copa de plata. Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. Juguete cómico en dos actos.
Fausto. Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos. Zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco. Comedia original en tres actos.
Me es igual. Juguete cómico original en un acto.
El forastero. Juguete cómico original en tres actos.
El fogon y el ministerio. Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! Juguete en dos actos.
La ley del mundo. Comedia en tres actos.
Las cerezas. Juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia. Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya. Juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza. Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. Revista original en un acto.
Los dominós blancos. Comedia en tres actos.
El año sin juicio. Revista original.
Cambiar de colores. Comedia en un acto.

El doctor Ox. Zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los Madriles. Zarzuela original en dos actos.
Amapola. Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitín de la casa. Comedia on tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela original en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. Revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista original en un acto.
El dinero en la mano. Comedia en dos actos.
El caballo blanco. Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. Zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas. Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas. Zarzuela cómica en dos actos.
Ódieme usted, caballero! Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡A sangre y fuego! Juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro. Zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, Leon! Juguete cómico-lírico en un acto.
El espejo. Comedia original en tres actos.
Armas al hombro. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡á la plaza! Revista original en un acto.
Libre y sin costas. Juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas. Comedia en tres actos.
Viaje á Suiza. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
El país de las gangas. Revista original en un acto.
Las mil y una noches. Cuento fantástico orignal en tres actos.
Curarse en salud. Proverbio en dos actos.
La misa del gallo. Apropósito cómico lírico original en un acto.
Ellos y nosotros. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
Madrid-Zaragoza-Alicante. Juguete cómico en un acto.
La taberna. Melodrama en tres actos.
La cola del gato. Comedia de mágia en tres actos.
Para casa de los padres. Juguete cómico-lirico en un acto.
Vestirse de largo. Juguete original en un acto.
La ducha. Juguete cómico original en tres actos.
La feria de San Lorenzo. Zarzuela cómica en tres actos.

AGUA Y CUERNOS. Apropósito en un acto original.
EL MILAGRO DE LA VÍRGEN. Zarzuela original en tres actos.
LOS FUSILEROS. Zarzuela en tres actos.
LA DIVA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
NINICHE. Opereta cómica en dos actos.
¡MÚSICA! ¡MÚSICA! Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE. Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
JUEGOS ICARIOS. Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ. Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO. Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. Revista cómica-lírica-original.
YO Y MI MAMÁ. Apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS. Juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE. Zarzuela en dos actos.
ODETTE. Drama en tres actos..
EXPOSICION UNIVERSAL. Revista original en un acto.
¡MI MISMA CARA! Juguete cómico original en un acto.
UN CRIMEN MISTERIOSO. Juguete cómico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
LA DUCHA. Refundida en dos actos.
EL COCODRILO. Zarzuela en dos actos.
SIN EMBARGO. Juguete cómico original en un acto.
¿QUIÉN SE CASA? Juguete cómico en dos actos
CRECED Y MULTIPLICÁOS. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
LOS TRES SOMBREROS. Juguete cómico en un acto.
¡MIL DUROS Y MI MUJER! Juguete cómico original en un acto y en prosa.
EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS Comedia en dos actos.
LOS BOMBONES. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
PARIS, FIN DE SIGLO. Comedia en cuatro actos.
LOS COHETES. Juguete en un acto y en prosa.
LA MUJER DE PAPÁ. Vaudeville en dos actos, prosa.
RETOLONDRÓN. Opereta cómica en un acto y en prosa.
MATRIMONIO CIVIL. Comedia en dos actos y en prosa.
EL BOTICARIO DE NAVALCARNERO. Juguete cómico en tres actos y en prosa.

CORREOS Y TELÉGRAFOS. Juguete cómico original, en un acto y en prosa.

EL HÚSAR. Zarzuela en dos actos.

EL CHIQUITÍN DE LA CASA. Comedia en dos actos y en prosa.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. Comedia en dos actos y en prosa.

EL ANGEL GUARDIÁN. Zarzuela en tres actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros. 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe. 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; y l *Sr. Escribano*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos